

Borrego y Moreno, Andrés, 1802-1891

**Principios de economía pública con aplicación á
las funciones de los establecimientos de crédito y
á la circulación fiduciaria / por Andrés Borrego.**

Madrid : Imprenta de la Sociedad Tipográfica, 1877.

Signatura: FEV-AV-M-04779

La obra reproducida forma parte de la colección de la Biblioteca del Banco de España y ha sido escaneada dentro de su proyecto de digitalización

<http://www.bde.es/bde/es/secciones/servicios/Profesionales/Biblioteca/Biblioteca.html>

Aviso legal

Se permite la utilización total o parcial de esta copia digital para fines sin ánimo de lucro siempre y cuando se cite la fuente

PRINCIPIOS
DE
ECONOMIA PÚBLICA

CON APLICACION

Á LAS FUNCIONES DE LOS ESTABLECIMIENTOS DE CRÉDITO
Y Á LA CIRCULACION FIDUCIARIA

POR

DON ANDRÉS BORREGO



MADRID

IMPRENTA DE LA SOCIEDAD TIPOGRÁFICA

Calle de la Flor Alta, núm. 1

—
1877

C.B. 6000000080723

FEU-AU-M-04779

PRINCIPES

ECONOMIA - POLITICA

LA ECONOMIA DE LA REPUBLICA DE CHINA

LA ECONOMIA DE LA REPUBLICA DE CHINA

LA ECONOMIA DE LA REPUBLICA DE CHINA



PRÓLOGO EXPOSITIVO

Aunque nunca tuve aspiraciones de hacendista, en el sentido de hacerme lugar entre los que, merced á efímeros trabajos y á comunicados en los periódicos, se abrieron camino para los primeros puestos de la Administración, desde que en 1835 emprendí la perseverante tarea de difundir principios aplicables á las grandes reformas económicas que señalaron el reinado de Doña Isabel II, tuvo aquélla por objeto sacar todo el partido posible de los elementos que encerraba el antiguo régimen, para elaborar el nuevo sobre bases sólidas que coadyuvasen al mayor desarrollo de la riqueza nacional.

La experiencia se ha encargado de poner de manifiesto el valor de los sistemas por mí expuestos, pero no seguidos por las escuelas que han monopolizado el poder de los últimos cuarenta años.

Propuse en 1835 que el diezmo, en vez de ser abolido pura y simplemente á beneficio de los propietarios territoriales, fuese por ellos redimido en anualidades quediesen una renta en aumento del presupuesto de ingresos.

Demostré las ventajas de haber dispuesto de los bienes nacionales, adjudicándoselos mediante un censo ó renta fija á los arrendatarios del clero y de las corporaciones civiles, y cuando ví que esto no se hacía, recomendé que las ventas se verificasen á metálico, pagadero en veinte anualidades, cuyo producto se aplicase á amortizar títulos de la deuda comprados á las precios del mercado; sistema cuya indefectible consecuencia habria sido haber rescatado toda la deuda existente en 1836 y dejado ademas un sobrante de millares de millones.

En 1848 desenvolví los principios que convenia haber seguido en punto á crédito comercial y agrícola y á Bancos de circulacion, y ahora que puede compararse cuáles habrian sido los resultados de aquel método puesto en parangon con los que ha dado la legislacion que prevaleció y ha regido los Bancos establecidos en 1856, los hombres competentes y estudiosos estarán en situacion de formar un juicio imparcial acerca de uno y otro procedimiento.

Y concretándome á lo que hace relacion á los Bancos y al crédito, será aún más fácil deducir si los sistemas que expuse en tiempo hábil no habrian salvado los inconvenientes y tropiezos que actualmente se tocan en materia de circulacion monetaria y poco dudoso aparecerá para los que dan la importancia que en sí tienen los fenómenos que ofrece el estado de la plaza de Madrid, que si los principios por mí sometidos al criterio público en las épocas á que me refiero hubiesen sido tomados en cuenta por las clases comerciales y poseedoras, no se experimentarían los menoscabos señalados por la *Union Mercantil* de Madrid y los interesados en los suprimidos Bancos provinciales.

A estas clases corresponde en primer término formar un criterio ilustrado sobre las medidas que reclaman los males de que se quejan, en la seguridad que de su inteligencia y concierto saldrá el oportuno remedio.

A ellas, pues, se dirigen principalmente las observaciones que contiene el presente opúsculo, en el que se consignan hechos y consideraciones de las que podrán sacar provecho los hombres entendidos y prácticos. Lo que ellos mismos no estudien y formulen, en vano lo esperarán de manos de los gobernantes, quienes en materia de crédito saben infinitamente ménos que sus gobernados.

LA HACIENDA, EL CRÉDITO Y EL BANCO

I

Discusion á que da lugar el plan de Hacienda del señor marqués de Campo.

En un libro que se halla en prensa titulado *Datos para la Historia de la Revolucion, de la Interinidad y del advenimiento de la Restauracion*, digo, hablando de la desastrosa administracion económica de 1873 á 74, que pensaba ocuparme de la interesante cuestion de hacienda y de crédito, iniciada por los planes financieros dados á luz por el señor marqués de Campo.

Propóngome hoy llenar dicho propósito y llevarlo, en cuanto mis fuerzas alcancen, hasta el completo esclarecimiento de los problemas bancarios y de crédito público y comercial, que por tanto han de entrar en que salgamos de las ingratas condiciones económicas que pesan sobre el erario y los particulares.

La materia requiere, para ser convenientemente expuesta, mayor espacio del que admite un sólo número de esta *Revista* (1) por lo que á fin de conciliar el no embarazar la diversidad de materias que entran en su confeccion, sin sacrificar por ello el interes del asunto, lo dividiré en varios artículos, haciendo desde luego objeto del primero lo que servirá á demostrar la grande analogía que existe entre el sistema ideado por el señor Marqués para redimir nuestro descrédito y el que para haber evitado que se consumase cuando aún era tiempo, bosquejé yo hace cuatro años euando aún se estaba á tiempo de conjurar la catástrofe.

(1) Los primeros capitulos del presente folleto se publicaron en la *Produccion Nacional*.

Al ser proclamada la república en Febrero de 1873, era de todo punto evidente para el hombre ménos entendido y previsor, que no podria continuarse, sino empeorándolo de una manera desastrosa, el sistema de operaciones de Tesorería, á que venía hacía ya tiempo recurriéndose para pagar los dividendos de la deuda y hacer frente al déficit del presupuesto.

El peligro era inminente, y si no se atendia á conjurarlo, no podria evitarse el tener que apelar á los temperamentos extremos, cuanto inhábiles, que tan caros debian costar á la nacion.

Sin pérdida de momento formulé un *memorandum* que confidencialmente, sin ruido y sin la menor aspiracion á exhibirme, comuniqué á los hombres de la nueva situacion; primero, al Sr. Orense, elegido presidente de las Córtes, y despues al Sr. Ladiko, ministro de Hacienda.

Como ni la más remota combinacion de interes privado habia impulsado mi pensamiento, me limité á ponerlo en conocimiento de quien podia utilizarlo sin haberme cuidado de que quedase en el estado de letra muerta.

Su grande analogía con el plan del señor marqués de Campo resultará de la simple lectura de la siguiente copia.

MEMORANDUM

El aniquilamiento del crédito, consecuencia inevitable de la inseguridad y peligros hijos de la situación que atravesamos; la consiguiente disminución en los ingresos de las contribuciones; las exacciones de los carlistas; el aumento de gastos que la guerra trae consigo, todo esto va á conducir de hecho á la suspensión de pagos, como consecuencia de la dificultad de renovar las operaciones del Tesoro como hasta de presente ha venido efectuándose, á fin de hacer frente al *déficit*.

Dicha suspensión de pagos, que será tácita aunque no se declare, vendrá á ser la mayor de las calamidades de que nos hallamos amenazados.

Para conjurarla sólo existen dos medios que puedan ser considerados como eficaces.

Si tuviésemos un gobierno decidido á hacerse respetar y á enfrenar al carlismo y á la demagogia, podría imponer contribuciones extraordinarias que el país pagaría con gusto á cambio de obtener seguridad, y en la esperanza de salir del caos que parece venírse nos encima.

Pero á falta de semejante garantía moral, no quedaría otro arbitrio para impedir la suspensión de pagos y la consiguiente bancarota, sino procediendo de manera que los recursos se *encuentren dentro de nosotros mismos* y que no dependa de la voluntad de capitalistas extranjeros ó nacionales imponer la ley al gobierno, exigiendo garantías que difícilmente podrán ya darse, é imponiendo á la nación sacrificios que sobre su enormidad, apresurarán la catástrofe que se trata de evitar, la de una próxima y virtual suspensión de pagos.

A no conjurarse, pues, la inminente crisis financiera á que estamos abocados, por medio de contribuciones extraordinarias, el único arbitrio racional á que puede apelarse, lo sería el de adoptar una medida *fiduciaria* de carácter especial.

El recurso del papel moneda es sin duda alguna un temperamento arriesgado, cuando se emplea sin precaucion, pero del que cabe sacar un fruto sazornado y áun convertirlo en instrumento de desahogo y de prosperidad. La Francia revolucionaria de 1792, hizo una operacion desastrosa, recurriendo al curso forzado de los *asignados*, al paso que Inglaterra debió su pujanza financiera y su desarrollo fabril y comercial al mismo medio empleado con discernimiento. La Francia de nuestros dias sólo ha podido dominar las exigencias y los desastres de su última guerra, habiendo sabido hacer un uso atinado de su circulacion *fiduciaria*. Otro tanto puede decirse de los Estados-Unidos, país que ha provisto al enorme gasto de cerca de 4.000 millones de duros que le ha costado su guerra civil, deuda que rápidamente va amortizando, doble fenómeno que explica el hecho instructivo de haber sabido emplear con acierto la circulacion obligatoria de su papel, conocido bajo el nombre de *greenbacks*, única moneda que circula en los Estados-Unidos desde 1862 hasta el presente.

El reino de Italia ha debido el escapar á la necesidad de contraer todos los años empréstitos ruinosos, á efecto de cubrir el continuo y periódico *déficit* de su presupuesto, á la atrevida cuanto acertada resolucion de pedir á la circulacion *fiduciaria* los recursos que ha cesado de demandar á las bolsas extranjeras.

Mucho habria ganado la España si hubiese recurrido á una medida de la indicada especie, en vez de haber contraido los empréstitos que han venido contratándose desde 1868 hasta el dia, empréstitos que han aumentado la deuda en tres tantos más de lo que importaba al verificarse el célebre arreglo de 1851; habiéndonos impuesto ademas de dicho aumento y á fin de atender al servicio ánuo de intereses, la carga de 740 millones de reales.

Si hubiésemos excusado de emplear el desastroso sistema que viene practicándose desde la caida del Sr. Bravo Murillo, la suma efectiva que se ha pedido al crédito y que no ha excedido de 9.300 millones de reales, apenas habria costado 300 millones de intereses al año, con lo que nuestro crédito se hallaria en muy diferente situacion, y hoy sería posible recurrir á él en condiciones razonables.

Mas no por esto debe ocultársenos cuánto asusta á la generalidad del público la vaga idea de circulacion forzosa de papel-moneda. El

funesto uso, ó por mejor decir, el constante abuso que desde el reinado de Carlos III viene haciendo la Hacienda española de las facilidades del crédito, motivan una justa alarma ante la idea de que el tesoro llevado de su perdurable devoradora incontinencia inundase el país de *tiras de papel*, emitiendo sin medida y sin tasa billetes que invertidos en gastos públicos, consumirían estérilmente los productos que por medio de dicho papel se adquiriesen imponiendo de hecho á la nacion la pérdida de todo el capital representado por las emisiones del tesoro.

No es de esta suerte como debe entenderse la medida destinada á evitar la bancarota de que nos hallamos amenazados. Diríjese aquella á evitar la suspension de pagos y á suplir á la dificultad de levantar recursos extraordinarios. Semejante atencion tiene límites conocidos y que deben encerrarse en proveer á lo estrictamente necesario para cubrir el *déficit*, esto es, la diferencia que resulte entre los ingresos y los gastos del presupuesto. Si á este límite, que ya es en sí mismo una garantía de que no ha de crearse más deuda que la absolutamente indispensable, se añade la de que el papel de obligatoria circulacion no sea emitido directamente por el gobierno, siéndolo, al contrario, por un poderoso centro bancario que goce de crédito, y cuyas operaciones se consagren á alimentar poderosamente el trabajo nacional, la operacion perderá todo carácter aventurero y tomará las proporciones de una medida económica de prudencia y de salvacion.

A dicho efecto deberia formarse bajo el nombre de sindicado ú otro que pareciese más oportuno, pero á cuya cabeza habria de figurar el BANCO DE ESPAÑA asociado á los grandes capitalistas más interesados en que se evite el sensible extremo de haber de suspender el pago de los intereses de la deuda, un centro bancario en cuyas arcas entrasen sin excepcion *todos los productos de la recaudacion*.

Dicho establecimiento estaria autorizado por una ley (é ínterin se reunen las Cortes por el gobierno de acuerdo con la comision permanente), á emitir *billetes al portador* por sumas equivalentes primero al importe del *déficit* anual que se gradue haya de existir entre el presupuesto de ingresos y el de gastos, segundo al capital que dicho centro bancario conceptue utilizable para circulacion y para fomento de la produccion y de la riqueza del país; capital cuya entidad deberá ser fijada por la ley.

La misma ley habria de determinar las condiciones de garantía y de seguridad que el establecimiento deberia exigir de las personas que á él acudiesen en demanda de billetes, condiciones que siendo llenadas

por los demandantes, no podria serles negada la entrega de billetes.

Los adelantos que en cuenta corriente hiciese el establecimiento al Tesoro, no habrian de exceder del *déficit* ó diferencia que resultase entre el presupuesto de ingresos y el de gastos.

Para nuevas emisiones á favor del Tesoro, sería necesario una ley, pero deberían poder hacerse dichas emisiones con autorizacion del poder ejecutivo, hasta la concurrencia del importe de *títulos del 3 por 100 y de acciones de ferro-carriles* que el establecimiento adquiriese en el mercado por cuenta de la nacion, evaluados dichos títulos y acciones al precio corriente del dia en que se hiciesen las emisiones. O en otros términos, sería legal la emision de *billetes al portador*, destinados á amortizar títulos de la deuda, hasta la concurrencia de la suma representada por dichos títulos valuados al precio corriente en la plaza.

Esta última combinacion permitiria convertir á voluntad de los tenedores los títulos de la deuda en *billetes al portador*, efectuándose por dicho medio una amortizacion ventajosa y que disminuirla considerablemente el capital de la deuda pública, pues papel por papel siempre será preferido el que circule en el país como dinero, al que no tenga otro empleo que el de imposicion como renta, sobre todo no hallándose asegurado el cobro de ésta.

Las emisiones de que queda hecho mérito llevarían consigo peculiares cuanto seguras condiciones de liquidacion. El capital imputable al Tesoro por haberse invertido en cubrir el *déficit* de los presupuestos, representará una *deuda flotante* no exigible de contado ni á plazo fijo y que podrá ser enjugada por medios regulares y ordinarios, dominada que hubiese sido la penuria actual y el estado de tácita bancarota á que nos hallamos próximos; y en cuanto á los *billetes al portador* emitidos para compra de títulos, como los bajos precios, á los que por bastante tiempo aún habrán de cotizarse nuestros fondos, permitirán adquirir deuda en títulos por triple ó cuádruple valor nominal que el expedido en billetes, claro es que el Estado habrá realizado una operacion ventajosísima, disminuyendo su deuda perpétua y ahorrándose el pago de intereses.

Los billetes que emitiese el centro bancario y cuya circulacion habria de ser *extensiva á todo el territorio de la nacion*, gozarian de la garantía de ésta ademas de la que iria unida al capital y recursos del establecimiento.

Si se temiese que pueda producir alarma el hacer coincidir la creacion del centro bancario con la medida relativa á que la circulacion

de los billetes fuese obligatoria, debería procederse primero á la organizacion del establecimiento declarando que sus *billetes al portador* son admisibles como dinero en las arcas públicas, y hecho que esto fuese y despues de estar en boga la circulacion, declarar, como se ha hecho en Francia, obligatoria la circulacion de billetes.

Madrid y Marzo de 1873.

Por hoy me limito á reproducir el sistema que de haber sido tomado en consideracion en la forma que acabo de exponer ó modificado sin sacrificar su síntesis, habria sin la menor duda, impedido la insensata emision de títulos que ha traido el crédito de la nacion á verse cotizado á 11 por 100.

II

Aberraciones de nuestros hacendistas.

Para nadie podrá ser dudosa la proposicion de que si se hubiese aplicado á las operaciones del Tesoro desde principios de 1873 el sistema recomendado por el señor marqués de Campo, la situacion de nuestra Hacienda sería infinitamente ménos angustiosa, toda vez que la deuda contraida en los últimos cuatro años se habria reducido á lo que realmente se ha gastado, en lugar de representar lo que ha costado el adquirirlo.

En este sentido es incontestable el aserto del señor marqués, de que *prestándose á sí mismo el país* lo que de rigor necesitaba, habria salido mejor librado que habiendo tenido (añado yo), que sufrir las desapiadadas sangrías que sin el menor remordimiento han extraído de las entrañas de la nacion las sanguijuelas indígenas y extranjeras que en las angustias de la guerra civil se han engordado con lo más puro de nuestra sangre.

Parecia esto tan evidente cuando se escribió el *memorandum* inserto

en nuestro precedente artículo, con sólo tener presente la confusion y el desquiciamiento económico que no podia ménos de producir la intempestiva proclamacion de la república y la circunstancia de no quedar en manos del gobierno ninguna de las garantías especiales que hasta aquel momento habian servido para levantar los onerosos empréstitos y anticipos á que, de años atrás, se venia recurriendo, tanto para pagar los intereses de la deuda exterior é interior, como para cubrir los periódicos y continuados *déficits* que ha venido arrojando el presupuesto desde 1864 hasta el presente; que debe maravillar que no saltase á la vista de los ministros de Hacienda federales, que se corria al abismo si no se encontraban medios adecuados á la extraordinaria situacion que la república y el carlismo creaban para la Hacienda del país.

Doloroso, como sin duda lo fué, por lo lastimado que dejó el buen nombre de la Nacion, el arreglo de la deuda verificado en 1851, toda vez que al efectuarlo se faltó á contratos solemnes y se desconocieron obligaciones las más sagradas, aquella dolorosa operacion puede compararse á la que emplea la cirujía en el cuerpo humano para salvar la vida del paciente á costa de una amputacion.

En virtud de aquel arreglo, el importe de la deuda pública de todas épocas y procedencias, sin otra excepcion que la de quedar pendiente la de nuestras antiguas colonias de América á cargo del gobierno de la metrópoli, quedaba reducida á la obligacion de pagar un rédito anual de *trescientos millones de reales* cuya totalidad no era exigible sino al cabo de diez y nueve años, plazo que se fijó para que la deuda diferida entrase en el goce del 3 por 100 de interes.

El procedimiento empleado en 1851 guardaba analogía con las transacciones por medio de las cuales un quebrado entra en composicion con sus acreedores, despues de cuyos excepcionales arreglos, fácil es de comprender con cuánta precaucion y miramiento hay que obrar para no inutilizar por su abuso el crédito que ha podido adquirirse mediante la cancelacion de antiguas deudas.

No usaron, sin embargo, los ministros de Hacienda que sucedieron al Sr. Bravo Murillo de la comun prudencia que las más triviales nociones de pericia económica hubieran debido inspirarles. Con el presupuesto de la deuda reducido á 300 millones, el orden introducido en la administracion desde 1846, el sosiego interior de que se habia disfrutado y la regularidad con que se pagaban los intereses de la deuda, no se necesitaba sino de una capacidad ordinaria en los ministros de Hacienda y algun freno puesto al presupuesto de gastos, para que al

terminar la guerra de Africa, el 3 por 100 español se hubiese cotizado á 60 por 100, precio que era el que razonablemente correspondia á la magnitud á que entónces se hallaba reducida nuestra deuda y á los recursos que presentaba el presupuesto de ingresos.

Es verosímil que en las prosperidades de la union liberal, cuando nuestro 3 por 100 estuvo á 51, el Sr. Salaverría lo hubiese hecho llegar al indicado precio de 60, á no ser por el obstáculo que para la cotizacion de nuestros valores en la bolsa de Lóndres ofrecia el garrafal error y perdurable obstinacion en que nuestro gobierno incurrió, rechazando durante 16 años una avenencia con los acreedores extranjeros respecto al 50 por 100 de los cupones vencidos que no se quiso reconocer por la ley de 1851 (1).

Pero los sucesores del Sr. Bravo Murillo, desconocieron sus deberes ó no tuvieron la firmeza necesaria para cumplir con ellos, ejemplo que empezó á darse con el empréstito llamado de Mirés, y que continuaron los ministros que rigieron la Hacienda hasta 1868, época de la que habiendo debido esperarse un remedio eficaz á la largueza con que se habia estado usando de la plancha de imprimir títulos de la deuda, se originaron al contrario las emisiones continuadas y sin límites que han hecho subir la carga nominal impuesta sobre el nombre y la honra de la nacion, desde los 300 millones á que quedó reducido el servicio anual de sus intereses, á la enorme suma de 1.200 millones anuales que importa actualmente y que no hay manera posible de hacer efectivos á fin de poner á nuestro Tesoro en situacion de llenar los compromisos contraidos.

Semejante situacion, que ya pudo columbrarse desde ántes que las alegrías financieras de los radicales y las excentricidades de los republicanos hubiesen llegado á legitimar medios de la índole suprema que recomienda el señor marqués de Campo, parecia ya en efecto ser una situacion tan apurada, que ella pudo estimularme en 1867 á escribir un opúsculo titulado *Sucinta y verídica historia de la Hacienda de España*, en el que presentaba ser tan crítico el estado de nuestro crédito que no se divisaba otro medio para apuntalarlo que el de recurrir á un poderoso sistema de amortizacion, el cual, basado en combinacion diferente de la del señor marqués de Campo, llenaba el

(1) Al discutirse aquella ley en el Congreso, dije en la sesion de 1.^a de Julio, que se comprometia el éxito que se esperaba del arreglo de la deuda, el del restablecimiento de nuestro crédito en los mercados extranjeros, no admitiendo sino por el 50 por 100 de su valor nominal los cupones vencidos.

mismo objeto hasta el extremo de poder destinar anualmente 510 millones á la amortizacion de la deuda exterior y de la interior.

Pero no me he propuesto hablar sino por incidencia del sistema de amortizacion que yo proponia y al que el Estado hubiese debido contribuir con solos 300 millones de reales, quedando de cuenta de los acreedores completar el fondo de amortizacion mediante retenciones hechas sobre el importe de sus dividendos, los que segun el sistema á que hago referencia hubieran debido continuar pagándose íntegramente.

Pero no es cuestion, repito, en este momento de cuáles fueron en 1867 mis apreciaciones acerca de nuestra situacion económica. Esta se ha agravado desde entónces; se han contraido nuevos y apremiantes compromisos, se han adoptado resoluciones legislativas que causan estado, y el problema en este momento pendiente de solucion, es el de examinar los medios adoptables, dentro de las circunstancias en que nos hallamos, para levantar el abatido crédito de la nacion y lograr que el Tesoro haga frente á las cargas públicas, dejando de seguir el desastroso camino que lleva.

Para sacar á un país del estado de atraso y de penuria económica, cualquiera que sean las causas que á ello le hayan conducido, no hay otro procedimiento que sea racional, que no rechace la ciencia, que el de obtener por medio de las rentas públicas el acrecentamiento del presupuesto de ingresos, hasta el punto necesario para cubrir el de gastos, sin necesidad de recurrir á continuados empréstitos; y como semejante mejora no cabe obtenerla sino mediante el correspondiente aumento de la riqueza pública, lo cual no es obra que pueda improvisarse, pues todo desarrollo de produccion y extension del tráfico exige más tiempo del que hace imperiosamente necesaria la intensidad de la crisis financiera en que nos hallamos, fuerza es que todo plan del que deba esperarse un remedio inmediato y proporcionado á la intensidad del mal, sea un plan excepcional y si no absolutamente empírico al ménos suficientemente artificial, para salvar las desviaciones de principios económicos á que por precision expone el tener que proveer á situaciones tan extraordinarias y sujetas á condiciones forzadas, como lo son las en que se halla nuestra hacienda.

Habiendo estado pidiendo constantemente prestado desde 1866, y consentido en dar nuestro 3 por 100 á los precios de 40, 31, 25, 16 y hasta 10 por 100 y habiendo contraido de esta suerte cerca de 20.000 millones de deuda, descuidando el acudir oportunamente á emisiones fiduciarias de la especie de las señaladas en mi *Memorandum*, ó de la

que recomienda el señor marqués de Campo, claro es que ya que no se pueda contar con un aumento instantáneo de las rentas públicas, haya que pensar en hallar el remedio dentro de los recursos del crédito, operacion sumamente difícil para un país que lo ha perdido hasta el punto de que el 1 por 100 de interes que ofrece á cuenta del 3 de que goza su papel, y cuyo 1 por 100 debería valer 20 por lo ménos, se cotiza al 11 por 100.

El sistema del señor Campo, en la forma que lo propone, sería de una aplicacion más fácil si no viniese á complicarlo la situacion peculiar á nuestros establecimientos de crédito, merced á la estrechez, á la veleidad y á las aberraciones de que ha adolecido la legislacion que respecto á Bancos viene rigiendo desde la indiscreta creacion del Banco de Isabel II, para que hiciese competencia al de San Fernando, error continuado bajo otros conceptos en las diferentes reformas que posteriormente ha experimentado el sistema bancario que nos rige.

Por efecto de este sistema ó sea de la falsa aplicacion que se ha hecho de los buenos principios de circulacion fiduciaria, hemos venido á parar á que lo que hubiera sido un temperamento sin riesgo, un arbitrio eficaz para contener la baja de nuestros fondos y la especie de crisis monetaria de que nos hallamos amagados, inspire dudas, dé lugar á temores, y presente como una amenazadora calamidad lo que en circunstancias ordinarias habria sido recibido con esperanza y favor.

Para entrar de lleno en el exámen de la aplicacion que pudiera todavía tener la medida propuesta por el señor marqués de Campo, es preciso tener formadas nociones exactas sobre las verdaderas funciones de los Bancos, de las condiciones de la circulacion fiduciaria y de los peculiares hábitos y necesidades del comercio español.

En un próximo artículo nos ocuparemos de este estudio preliminar, indispensable para llegar á deducir lo que pueda esperarse de nuestra actual institucion bancaria y de los medios de utilizar la proposicion del señor marqués de Campo, sin incurrir en los inconvenientes que señalan los rutinarios y los asustadizos.

Por refundicion del capítulo que sigue al que aquí termina, no encabeza la siguiente página 16 con el epígrafe de la materia de que trata, que es la relativa á CIRCULACION FIDUCIARIA Y Á LA RELACION ENTRE EL BILLETE DE BANCO Y EL NUMERARIO. Por consiguiente, debe considerarse como dentro de dicho epígrafe lo que aparece en las páginas 16, 17, 18, 19, 20 y 21.

La consideracion fundamental que descuella en el proyecto del señor marqués de Campo, asunto inseparable de la apreciacion de las funciones de la circulacion fiduciaria, exige hacernos fundamentalmente cargo de cómo opera sobre la produccion, y en los cambios la sustitucion del billete de Banco al numerario.

En sí mismos el oro y la plata, como cualquier otro metal que se escoja para medida del valor relativo de los objetos permutables, representa un doble carácter, el de producto utilizable para los usos de la vida y el de la relacion en que se encuentra, por su abundancia ó escasez, con las necesidades á que ha de proveer, ya sea siendo consumido, esto es, adoptándolo á otros usos que el de moneda, ó siendo empleado en esta última capacidad.

La abundancia de los metales preciosos hace bajar su estimacion relativa, la que á su vez se aumenta viniendo á escasear el numerario, y como el uso universal de todos los pueblos ha dado al oro y á la plata el carácter de moneda, ó sea de medida de valores, resulta que el numerario en circulacion en el mundo no pertenezca á ningun país en particular, ó lo que es lo mismo, no pueda ser retenido en ninguno de ellos á ménos que no se vea sustraído á la circulacion, y enterrado por la avaricia ó secuestrado como lo está el oro que se custodia en el tesoro militar de Prusia, ó el que acumulan en sus cofres algunos déspotas de Oriente.

La trasmision de los metales preciosos de un país á otro se efectua por medio de las transacciones comerciales de una manera tan sencilla como normal. La abundancia ó escasez del numerario influye necesariamente en los precios de las mercaderías, las que en el primer caso suben, así como bajan en el segundo. La carestía aleja á los compradores é interrumpe la importacion del efectivo, fenómeno que va cesando á medida que los precios disminuyen, lo que vuelve á traer de nuevo al numerario, en todos los casos en los que, como generalmente sucede, no se efectuan los cambios en productos; mas como el saldo entre las importaciones y las exportaciones tiene que efectuarse en dinero, ó lo que es lo mismo, en letras de cambio, irremediabilmente sucede que los bajos precios atraen el numerario, y los precios subidos lo alejan.

Siendo esta la verdadera teoría de la circulacion de los metales preciosos, el billete de Banco que representa el oro ó la plata, opera sobre los mercados como lo haría el efectivo sonante, y así es que se ha visto suceder en Inglaterra, en los Estados-Unidos, en Francia y en los demas países, donde por causas que no es de este momento el

profundizar, se ha hecho un uso imprudente de la circulacion fiduciaria.

La frecuencia y la intensidad de las crisis comerciales cuando éstas han sido hijas de una excesiva emision de billetes de Banco, trajo la necesidad de poner un correctivo al abuso, y tanto en la Inglaterra como en los Estados-Unidos la legislacion ha acabado por adoptar medidas dirigidas á que el billete de Banco conserve siempre su carácter de *convertibilidad* en efectivo. En el último de estos países las necesidades de la guerra separatista, vinieron á alterar en cierto modo el rigor de la *convertibilidad*, toda vez que la moneda legal del país lo son los *greenbacks* ó billetes de obligatoria circulacion, emitidos por el Gobierno. Pero como la solvencia de éste es un hecho incontrovertible, lo es tambien la de los billetes de los bancos particulares, cuyas emisiones se hallan garantidas por depósitos de fondos públicos.

El fundamento en que descansa la *convertibilidad* del billete de Banco, y que lo asimila al dinero efectivo, hay que buscarla en dos condiciones, que aunque de índole diversa, vienen á dar idéntico resultado. La *efectividad* del capital de un Banco es una de ellas y la prudencia con que conduce sus operaciones es otra, circunstancias ambas que plenamente residen en el Banco de Francia y en otros grandes establecimientos que gozan de incontestable crédito. No se ha contentado, sin embargo, Inglaterra con esta sola garantía de parte de su secular Banco, y á fin de evitar que en ningun caso las crisis comerciales pudiesen afectar la *convertibilidad* de sus billetes declarados moneda de curso legal, el Parlamento ha dispuesto que el grandioso establecimiento de crédito se divida en dos departamentos, el de emision y el de operaciones. La expencion de billetes se halla á cargo del primero, pero teniendo por medida y por límite, primero el importe de la deuda *permanente del Gobierno hácia el Banco*, y que asciende á 1.200 millones de reales. Lo que debe la nacion y de lo que ella responde se considera como garantía tan sólida, que el Banco puede libremente emitir billetes por toda la suma, sin estar obligado á tener reserva metálica destinada para recogerlos. El segundo límite consiste en que toda emision que exceda el importe de que responde el Estado, sólo puede efectuarse contra metálico ó barras de oro que los particulares lleven al Banco en demanda de billetes.

El departamento de emision del Banco de Inglaterra viene, pues, á ser una especie de casa de moneda, cuyas funciones regula el público, llevando oro á los sótanos del Banco, cuando necesita billetes, ó presentando éstos al cambio cuando quiere oro.

Regulada de esta manera la circulacion fiduciaria, bien se concibe

que el billete de Banco sea la fiel y exacta representacion de la cantidad que él mismo expresa, y que si bien las vicisitudes del comercio y la abundancia ó escasez de las cosechas puedan originar crisis mercantiles, es muy difícil que sobrevengan crisis monetarias. A fin, sin embargo, de hacer frente á las eventualidades que aquellas pudieran suscitar, la ley faculta en Inglaterra al Gobierno para autorizar al Banco á emitir extraordinariamente la suma en billetes que se considere necesaria para atender á la demanda de la circulacion, sistema que no ofrece el menor inconveniente, toda vez que las emisiones de esta clase sólo se efectuan contra metales en pasta, fondos públicos ó valores comerciales de reconocida solvencia.

Lo dicho basta para comprender que en principio el Banco de emision no debe ser un Banco que descuente, ni negocie, ni gire; ideal teórico, difícil de realizar en los países cuyo crédito nacional no se halle tan sólidamente establecido como el de Inglaterra, donde la responsabilidad de su gobierno basta para que el público acepte como equivalente al oro los billetes emitidos en representacion de la deuda del Estado. A falta de una base de igual solidez, se requeriria que un Banco único de emision poseyese un capital propio efectivo y saneado que garantizase el importe de la *suma dada* en billetes que emitiese, y cuyo equivalente en oro ó plata no existiese depositado en sus arcas. Pero como este capital no es posible que sea suscrito por accionistas, puesto que el Banco no negociaria, ni podria hacer beneficios, de aquí la gran dificultad de efectuar la creacion de Bancos que llenen la condicion de centros únicos de emision y reducidos á cambiar papel por metales y metales por papel.

Este envidiable ideal pudo, sin embargo, verse realizado en España, si se hubiese destinado, como en su dia lo propuse en las columnas de *El Español*, cuatrocientos millones de reales de los bienes del clero secular, para componer con ellos el capital de garantía de un *Banco nacional de emision*, que habria podido ser el primer establecimiento de crédito del mundo y desempeñado el oficio de cajero, *pero no de banquero del gobierno*, al ménos como tal Banco de emision. No fuí escuchado, como tampoco lo habia sido respecto á la demostracion matemática que hice en 1836, de que el diezmo era un censo que gravitaba sobre la tierra, y que debió ser redimido por la propiedad territorial en vez de suprimido. Tambien los bienes nacionales se vendieron á papel contra la opinion de aquel órgano de publicidad, al que se asoció la autorizada voz del célebre economista Flores Estrada, quien, como yo, proponia la data á censo á los arrendatarios del clero.

A pesar, sin embargo, de los desengaños que recogió mi desinteresado celo en pró de que las reformas se hiciesen con arreglo á principios científicos y de interes general, todavía perseveró mi solicitud y mi afan porque el crédito privado se organizase en términos adecuados á las exigencias de nuestra agricultura y de nuestra industria, impulsadas á su desarrollo por la transformacion que experimentaban la propiedad territorial y el movimiento de los capitales, á que dió impulso la guerra civil de los siete años.

A este fin presenté al Congreso en Diciembre de 1848 un proyecto de ley, que suscribieron conmigo los señores D. Manuel Sanchez Silva y D. Francisco de Paula Orense, proyecto que la Asamblea admitió á discusion, pero que hubimos de retirar en presencia de la oposicion del ministro de Hacienda D. Alejandro Mon, que aspiraba dar al entónces Banco de San Fernando una organizacion análoga á la que tenía en aquella época el Banco de Francia.

Por lo que dejo expuesto en punto á teoría bancaria, ha podido conocerse que soy partidario de un centro único de emision, dentro de las condiciones que respondan á las necesidades de la circulacion y remuneren al público de las ventajas que del privilegio puedan sacar los accionistas.

El sistema expuesto en el proyecto de ley á que me refiero, llenaba el doble objeto de la unidad del billete, conciliada con la existencia de Bancos provinciales, ligados entre sí y representados por un sindicato, que en union con el Banco de España, hubiese realizado la concentracion bancaria que no ha logrado efectuar en la medida de la pública conveniencia, la múltiple legislacion de que ha sido objeto el Banco de España desde la creacion del de San Fernando hasta el decreto de Marzo de 1874.

No debo distraerme entrando en el análisis de aquel sistema, cuyas condiciones podrán sin embargo apreciarse más cumplidamente que cuando fué presentado, ahora que la experiencia ha dado prácticamente á conocer los efectos de la ley de 1856, que estableció la pluralidad de Bancos y los de la reforma de aquella legislacion por el decreto del Sr. Echegaray.

Reservando para más adelante someter al competente juicio del público el sistema bancario por mí propuesto hace 28 años, vuelvo á ocuparme del exámen de hasta qué punto el sistema actualmente existente responde á las necesidades de la circulacion, y qué clase de modificaciones en dicho sistema se requieren, para que puedan tener efecto operaciones de la especie de la que recomienda al señor marqués de Campo.

Las ventajas del objetivo que este reputado banquero se propone por medio de la creacion de 4.000 millones de reales en billetes destinados á la cancelacion de la deuda flotante, al pago corriente de los intereses de la consolidada, y á la supresion de la vergonzosa contribucion sobre los sueldos de los empleados, serian ventajas de todo punto incontestables, si cupiese obtenerlas; sin exponerse á los peligros que, no sin fundamento, señalan los adversarios del curso forzoso del papel-moneda.

Si en el pensamiento que encierra el plan del marqués sólo entrase el que la emision de billetes se limitára á suministrar cantidad determinada para el servicio de los intereses de la deuda, aunque dicha suma excediese los 70.870,182 pesetas que el presupuesto de 1876 á 77 destina al pago de los intereses de la consolidada, y en el supuesto de que dicho importe, aunque ascendiese á 300 millones de reales, en vez de recibir aquel destino se destinase exclusivamente á *amortizar títulos del 3 por 100*, la operacion no ofreceria los mismos inconvenientes, que sin duda acarrearía el que para llenar el principal objeto á que aspira el señor Campo, el del restablecimiento de nuestro crédito mediante el pago íntegro de los réditos de la deuda, hubiese que recurrir todos los años á la emision de billetes de circulacion en la cantidad necesaria para dicho objeto.

En este último caso, que parece ser el punto de mira del señor marqués, si éste ha de ver realizada su aspiracion á que el Tesoro cumpla en su plenitud los compromisos contraidos con los acreedores de la nacion, haciendo ver al mundo que los españoles somos capaces de los sacrificios que han sabido imponerse los franceses, los norte-americanos y los italianos para salvar su crédito; en dicho supuesto, la creacion de los mil millones de pesetas en billetes de circulacion sería un recurso insuficiente, si todos los años hubiese que recurrir á nuevas emisiones, lo que conduciría á precipitarnos en todo el lleno de los peligros que indefectiblemente trae consigo el prolongado curso forzoso de papel no controvertible en numerario, y fatalmente destinado á la depreciacion.

Para estimar, pues, debidamente el alcance y las consecuencias de la operacion propuesta por el marqués, y cuya esencia reside en la creacion de 1.000 millones de pesetas al portador, se requiere demostrar que dicha emision llenaría cumplidamente el doble objeto de proveer para lo presente y lo venidero al pago íntegro de los intereses de la deuda consolidada, y para llegar de una vez á la nivelacion de los presupuestos. Si una y otra cosa pudiesen conseguirse por medio de

la propuesta emision, débil como lo es sin duda mi capacidad financiera, yo me comprometeria á sacar triunfante en el terreno de la discusion el sistema del Sr. Campo.

Mas no es posible que á la clara inteligencia del reputado banquero pueda ocultarse que para que su patriótico deseo de ver restablecido *nuestro crédito nacional, mediante el cumplimiento de las obligaciones contraídas*, se vea realizado; es de todo rigor comenzar por el arreglo de la deuda, en términos que pongan al alcance de nuestro Tesoro el puntual servicio de los millones de pesetas que anualmente se requieren para el pago de los réditos de la consolidada, ó á falta de medios suficientes para recoger puntualmente los cupones á su vencimiento, operar un arreglo ó compensacion con nuestros acreedores nacionales y extranjeros, que redujese considerablemente la suma de 300 millones de pesetas que anualmente requiere el pago de los intereses.

Acerca de este arreglo y de las dificultades que para obtenerlo ofrece el mal precedente de las promesas hechas y no cumplidas desde el célebre plan de D. Martin Garay en tiempo de Fernando VII hasta nuestros dias, promesas que comprenden el lamentable catálogo de las decepciones que siguieron al plan de las Córtes de 1821, á la ley del conde de Toreno de 1834, á los proyectos de Mendizábal, á los parciales del Sr. Mon y á la ley de 1851; sobre todos estos desengaños tengo emitida una opinion, que aunque fuera muy del caso citar, toda vez que entro de lleno en el asunto, védame detenerme en ello la extension que tendría que dar al presente artículo, y reservo para otra ocasion el exponer lo que acerca de dicho punto me limito ahora á indicar.

Volviendo, pues, á ocuparnos del opúsculo del señor marqués de Campo, diré que interin éste no aclare las dudas que dejó expuestas respecto á cómo entiende que la emision por *una sola vez* 4.000 de millones de reales en billetes al portador, baste para dejar asegurado el *pago anual y corriente de los intereses de la deuda*, sólo me resta por examinar los efectos que en la circulacion, en los precios, en los cambios, en nuestro sistema monetario en general, tendria dicha emision extraordinaria.

Para abordar esta última cuestion y resolverla dentro de los sanos principios de la ciencia económica, preciso será hacernos cargo de la legislacion bancaria existente y de la especial situacion, que tanto ésta como su íntima conexion con el Tesoro, crean para el Banco nacional, centro único de emision para todo el reino.

IV

Las leyes de la circulacion fiduciaria, el billete del Banco
y el numerario.

Despues que nuestros lectores hayan adquirido conocimiento del sistema bancario que propuse en las Córtes de 1848, y que el Gobierno descartó, llevado de la idea de acomodar en lo posible la organizacion del entónces Banco Español de San Fernando, á las condiciones del Banco de Francia, el primero de cuyos sistemas he ofrecido someter nuevamente al criterio público, terminada que sea la série de los artículos que aparecieron en la *Produccion Nacional*, podrán entónces ser apreciados los resultados á que verosímilmente habria conducido dicho sistema, comparados con los que produjo la ley del Sr. Bruil, de Enero de 1856 y el decreto-ley del Sr. Echegaray, de 1874.

El mismo Banco Nacional, obra de este último decreto, establecimiento por cuya consolidacion y en honra de cuyo crédito soy el primero en abogar; establecimiento que dirigen hombres tan especiales y entendidos como su actual gobernador el Sr. Salaverría y sus colaboradores los Sres. Secades y Breto, no podrán éstos, seguro estoy de ello, ménos de convenir, que si la ley de 1856 hubiese dado á los Bancos locales una organizacion análoga á la propuesta por mi proyecto de 1848, la unificacion de dichos Bancos y su fusion con el de España habria podido efectuarse de una manera natural y sencilla, y evitado las rivalidades y disidencias que ha suscitado la forzada concentracion prescrita por el decreto de 1874.

Por el sistema expuesto en mi proyecto de ley, se iba derechamente á la futura creacion de un Banco único, se lograba la unidad del billete en toda la extension de nuestro territorio, habria desaparecido la monstruosidad de que subsistan cambios interiores de plaza á plaza, en un país que admite la circulacion fiduciaria, y se habrian echado

las bases del crédito agrícola, que no tenemos, y del crédito hipotecario, el que es completamente ilusorio creer que pueda existir en sus buenas condiciones, confiado á un establecimiento privilegiado, mucho más cuando éste tiene la puerta abierta para negociar con el Tesoro, verdadero pactolo de los capitales acumulados y disponibles, y padrastro que agota y mata el que dichos capitales vayan á fecundar la produccion y la industria nacional.

No entraré ahora en el exámen de las proposiciones que acabo de asentar respecto á crédito agrícola y crédito hipotecario, por no distraerme de la cuestion concreta, relativa al Banco nacional y á sus emisiones; pero no podia dejar de indicar que el crédito y la circulacion, aplicados á la agricultura y á la propiedad, se hallan tan íntimamente conexonados, que debia no omitir de consignarlo, aunque sólo fuese para no exponerme á la calificacion de ignorante en la materia de que estoy tratando.

Ya que el Banco Nacional, único de emision, no reuna las condiciones expuestas en el capítulo III, ni el crédito del Estado permita tampoco á éste llenar las correspondientes á las garantías que el Banco de Inglaterra ofrece respecto á la convertibilidad de los billetes al portador, que aquel establecimiento emite por el importe de lo que en concepto de anticipacion tiene hecho al Tesoro, deberian al ménos los confeccionadores de nuestra legislacion sobre Bancos haber consultado los sanos principios y lo que el interes público requeria al tiempo que reglamentaron la circulacion fiduciaria exclusiva, concedida al Banco de España.

Asombro debe causar la volubilidad, la completa ausencia de toda base científica, con que los antedichos confeccionadores han fijado los límites de la emision de billetes. La ley de 4 de Mayo de 1849 no autorizaba al Banco español de San Fernando á emitir sino por la mitad de su capital efectivo. Dos años despues, en Diciembre de 1851, la ley de reforma del mismo extendió la facultad de emision á una suma igual al capital del Banco, sin especificar si el límite debia entenderse con relacion al capital efectivo ó al nominal del establecimiento. La ley de las Córtes Constituyentes de 1856, siendo ministro de Hacienda D. Juan Bruil, disponia que todos los Bancos cuya creacion era autorizada por dicha ley, pudiesen emitir billetes al portador por el triple de su capital; y por último, el decreto-ley del Sr. Echegaray, que suprimia *ab irato* los Bancos provinciales creados por la ley del Sr. Bruil, llevó la incontinencia en punto á emision hasta el extremo de autorizar al Baneo á poner en circulacion billetes

por cinco veces el importe de su capital, reduciendo al mismo tiempo á la cuarta parte de los billetes en circulacion el numerario acuñado ó en barras que se obliga al Banco á tener en sus cajas.

En todos los países del universo, ántes de operar alteraciones tan radicales como las que acabo de enumerar, se abren investigaciones parlamentarias ó administrativas, sobre las situaciones y necesidades del comercio y la circulacion, ó por lo ménos se consulta á los representantes más idóneos de las clases cuyos intereses pueden ser afectados por la intentada reforma.

Ninguna de estas precauciones tomaron nuestros ministros de Hacienda, los que en las Córtes de 1849 y 51 tuvieron empeño en alejar de las comisiones encargadas de dar dictámen sobre Bancos, á los diputados que mayor competencia reunian por sus estudios en la materia sobre la que se iba á legislar. Y por lo que respecta á la pluralidad de Bancos que creaba la ley de 1856, me refiero á la comparacion que entre dicho sistema y el expuesto en mi proyecto de ley de 1848 hagan los hombres entendidos, á cuyo buen juicio abandono el fallo de hasta qué punto el último hubiese evitado los inconvenientes que, excepto en algunas localidades, trajo la instalacion de los Bancos provinciales.

El decreto-ley del Sr. Echegaray tenía un fin verdaderamente recomendable, el de que hubiese un centro único de emision; pero en la manera de efectuarlo se cometieron errores tales, que anulaban las ventajas de la unidad bancaria, al mismo tiempo que destruian las que en cierta medida y hasta cierto punto habian procurado, si no todos, algunos al ménos de los Bancos locales.

El procedimiento de haber suprimido éstos de Real orden, por un golpe de Estado financiero, era tanto más injusto, violento y odioso, cuanto que era enteramente innecesario para conseguir la unidad del billete de Banco. Bastaba para haber asegurado la circulacion en todo el territorio español de las emisiones del Banco Nacional, haber declarado que dicho papel constituiria en adelante la moneda legal del país, esto es, que no sólo se admitirian los billetes en pago de toda clase de contribuciones y derechos, sino que para el cumplimiento de los contratos bastaria efectuar los pagos en dicha clase de papel, lo cual no era en manera alguna declarar el curso forzoso de los billetes, toda vez que subsistiese como debia subsistir la obligacion por el Banco de satisfacerlos á presentacion en metálico.

De haberse procedido de la manera que dejo expuesta, claro es que los Bancos locales no habrian podido sostener la circulacion de sus

billetes en competencia con los del Banco Nacional, y ellos mismos hubiesen solicitado su fusion con este establecimiento, ó contratado con él á efecto de emplear sus billetes.

Por otra parte y respondiendo á consideraciones de interes público, el privilegio exclusivo de que se revestia al Banco debia ir acompañado por parte de éste de la precisa obligacion de extender su servicio á todas provincias, disponiendo que en los puntos en los que no estableciese sucursales, los corresponsales del Banco hubiesen de desempeñar atribuciones análogas á las cometidas á los gerentes de aquellas. De esta suerte los cambios de plaza á plaza habrian desaparecido, nada se opondria á la trasmision de caudales de un punto á otro por medio de la expedita circulacion de billetes de Banco, y en cuanto á la careada objecion fundada en el peligro de las falsificaciones, nada habria sido tan fácil como ponerles remedio. El billete debe ser el mismo para Madrid que para las provincias, sin otra diferencia que la de expresar el punto en que será pagadero. Los gerentes de las sucursales y los corresponsales del Banco deben estar dotados de la cantidad de billetes calculada necesaria para la circulacion de la localidad, y para atender al pago de los giros de unas sucursales sobre otras, los girantes darian billetes del Banco convertibles en numerario exclusivamente en Madrid.—Así lo hace el Banco de Inglaterra cuyos billetes, que circulan en todo el reino, sólo son obligatoriamente ilegibles en Lóndres. De esta suerte podrá proveerse con facilidad y sencillez á todas las necesidades del comercio. El remitente de fondos de un punto á otro acudiria al representante del Banco, manifestando el importe que desea remesar y para qué punto, y en cambio de la suma que pagase en billetes, recibiria una libranza á la que podremos llamar *letra postal*, girada á cargo de la sucursal ó del corresponsal del Banco, y pagadera á los diez dias vista. Los gerentes empleados del Banco en provincia, al expedir las *letras postales*, darian doble aviso de la operacion, uno dirigido al punto sobre que girasen, otro á la direccion central de Madrid, la que cuidaria de proveer de billetes á los puntos cuyas existencias no bastasen á satisfacer las libranzas en curso de giro.

Este sencillo proceder allana todos los óbices hasta de presente opuestos á la circulacion del billete único para todo el reino; y en cuanto á la objecion relativa á la manera de proveer á las sucursales y á los corresponsales del Banco en provincias, del numerario necesario para pagar á presentacion los billetes de la circulacion local, así como los que requieran los giros, toda duda acerca de la perfecta

convertibilidad del billete desaparecería por efecto de procedimientos tan poderosos, que de ser puestos por obra á nadie podrá ocurrir duda acerca de su eficacia. El primero de esos procedimientos lo sería la sobriedad, la prudencia que debe haber en la emision, la que sólo debe tener lugar á consecuencia de operaciones comerciales, de pagos y cobros de vencimientos, de negociaciones autorizadas por los reglamentos; la segunda causa nace del hecho de que siendo el billete moneda legal instrumento apto para legalizar el cumplimiento de los contratos, admisible en pago de toda especie de contribuciones y de derechos, el *billete nunca holgará en provincias*, será tan buscado y más todavía que la moneda metálica, y siempre se hallará en las tesorerías de provincias y en las cajas de las sucursales efectivo bastante para cambiar fácilmente los billetes.

Llenándose estas condiciones y restringidas con arreglo á los sanos principios económicos, las emisiones del Banco, la proporcion que fije la ley, y que no debería exceder del doble del capital del establecimiento, éste debiera estar autorizado á aumentar libremente la circulacion de sus billetes, cambiando á medida del requerimiento del público papel por depósitos de oro y plata, y viceversa.

Estas y algunas otras modificaciones á los estatutos del Banco, corregirían en parte los defectos más capitales de su actual organizacion, la que todavía es susceptible de mejoras esencialísimas, que no indico, por no deber ocuparme sino de las reformas más esenciales para la ejecucion de los servicios que del Banco requeriría el plan del marqués de Campo.

En puridad de principios, la convertibilidad del billete *exige una cartera de fácil y expedita realizacion*, y numerario acuñado ó en barras por todo el exceso de emision que no cubra la cartera. Harto sabido es que, aunque sin culpa suya, no reúne dichas condiciones nuestro primer establecimiento de crédito, por cuya razon fuera de aquellos principios será necesario tratar de conjurar los naturales riesgos de una emision extraordinaria, cual la que propone el señor Campo.

Aquí hay que entrar de lleno en el sóbrio exámen del uso y del abuso que cabe hacer del crédito bajo la forma de billete al portador circulante como moneda. Todo documento de esta especie, si no es segura é instintáneamente convertible en efectivo, *no tiene valor intrínseco alguno*. Es una simple promesa de pago, que permite adquirir productos creados y remunerar servicios hechos. Si éstos son invertidos en objetos reproductivos, como por ejemplo dar valor á ter-

renos que no lo tuviesen, levantar fábricas que prosperen, criar ganado, construir buques que ganen fletes, el billete habrá contribuido al acrecentamiento de la riqueza del país, aumentando la masa del capital nacional. Mas si los billetes hubiesen servido para comprar objetos consumidos improductivamente, para costear prodigalidades y diversiones, para atender á gastos de pura ostentacion y capricho, nada habria quedado que compense el capital expendido y habrása disminuido la riqueza de todo el importe representado por el valor de los objetos comprados con los billetes.

Me anticiparé á rebatir una objecion la que, no explicada, podria dar lugar á este último razonamiento. No he querido significar que el Banco único deba proveer directamente á las necesidades de la industria agrícola y á la fabril, ni mucho ménos á las de la propiedad inmueble. A esta clase de llamamientos deben atender las compañías de crédito, los banqueros, los capitalistas; quienes ofreciendo ámplia solvencia y garantía, acudirian al Banco en demanda de fondos, que á su vez emplearian en hacer descuentos á otros especuladores intermediarios, por cuyas manos la circulacion que el Banco está destinado á alimentar en primer término, se pone al alcance de todas las clases de la sociedad.

Creo dejar suficientemente demostrado que el billete de Banco *no representado por efectos negociables en cartera ó por oro ó plata*, puede del mismo modo contribuir á enriquecer como á arruinar un país, segun el uso que en él se haga del crédito.

Los principios que dejo sentados, y los ejemplos y demostraciones que les sirven de apoyo, permiten abordar con enteró desembarazo la grave proposicion del señor marqués de Campo, en lo concerniente á considerar la creacion de 4.000 millones de reales en billetes, como como un remedio heróico, capaz de sacar á la nacion del descrédito en que ha venido á parar nuestra Hacienda.

Siempre que pudiese deducirse de lo propuesto por el Sr. Campo que por medio de la creacion de los 4.000 millones en billetes se arreglaba la deuda, se aseguraba el pago íntegro de los intereses del remanente de la misma, y se nivelaban los presupuestos, no habria que alarmarse de la emision de dicha masa de billetes al portador. El marqués podria contestar victoriosamente á sus impugnadores, y sostener resueltamente que sus 4.000 millones en billetes serian la salvacion de nuestro triste estado económico.

Mas si dichos tres objetos no debiesen quedar realizados mediante á la emision extraordinaria reclamada por el sistema del Sr. Campo,

no deberá éste extrañar que adquirieran fuerza las impugnaciones de *Laurencio* y demas críticos, á quienes asustan el atrevido proyecto del respetable banquero. Los 4.000 millones arrojados á la circulacion, aunque se viesen amparados por la reserva metálica de mil millones que se requiere tenga el Banco en caja para hacer frente al cambio de billetes, no dejarian de ocasionar plétoras, si la operacion no se modifica y se asocia á las medidas absolutamente necesarias para que el billete se aclimate en las provincias y circule en ellas con facilidad.

Si España se hallase educada bancariamente, como lo está Escocia, donde me ha sucedido dar oro en pago del gasto hecho en un hotel y decirme el posadero que preferia le *diese papel*, lo que propone el marqués sería moneda corriente. Pero semejante educacion está por hacer entre nosotros, pudiendo tenerse por seguro que excepto en nuestros puertos de mar y demas centros mercantiles, hoy por hoy, y no procediéndose de antemano á poner por obra las reformas que he indicado, sería intento vano tratar de forzar la circulacion del billete de Banco.

Mucho pueden contribuir, sin embargo, á facilitar dicha circulacion dos de las medidas de que dejo hecho mérito: la de declarar admisible el billete en todas las cajas del Estado *sin excepcion*, al mismo tiempo que sea tenido como pago legal, en la forma que he explicado, en toda clase de contratos. La última de estas disposiciones exige imperiosamente que el Banco adoptase las disposiciones conducentes á que sus billetes sean pagados á presentacion en los términos que dejo explicados en todas las localidades del reino, lo cual cabe realizar mediante las precauciones que en su lugar he expuesto, y que bastarán, al mismo tiempo que á evitar las falsificaciones, á proveer á la insuficiencia de numerario para efectuar el cambio de los billetes en las localidades donde se haga más necesaria su circulacion.

Con un presupuesto de ingresos que sube á 560 millones de pesetas próximamente, el hecho de recibir y pagar el Estado en billetes la totalidad de lo que cobra y distribuye, y provisto que fuese por el Banco de acuerdo con el Gobierno por medio de las tesorerías de provincias, cambiar en éstas y en las sucursales los billetes del Banco, el movimiento de fondos á que darian lugar las atenciones del servicio permitiría emplear cómodamente en dichas operaciones las dos terceras partes del importe de las contribuciones, ó sean sobre 430 millones de pesetas las que constantemente y con precaucion podrán el Tesoro y el Banco mantener en circulacion en las provincias; guarismo que, unido al de los 70 millones de pesetas de billetes, que puede muy

bien sostener la circulacion de la plaza de Madrid, harian 500 millones de pesetas para todo el reino.

Semejante manera de proceder desarmaria en gran parte á los impugnadores de la circulacion fiduciaria, llevada á los límites que propone el señor marqués de Campo, y prestaria, entiendo, valederas armas á éste para ensanchar su combinacion en términos que pueda abrazar los apetecibles resultados cuya perspectiva nos ofrece.

Ya que tanto he debido ocuparme del Banco, oportuno sería decir algo sobre la especie de crisis, ó por mejor decir, de penuria monetaria que aqueja á Madrid, y que entiendo sería cosa facilísima de remediar dentro de las condiciones y de los recursos del Banco, sin que para ello tuviese este establecimiento que hacer el menor sacrificio.

Mas habiendo contraido el empeño de completar el estudio bancario á que estos artículos dan principio, reservaré para los sucesivos lo concerniente al ágio y á la *convertibilidad* de los billetes que pesan sobre la plaza de Madrid.

V

Teoría é historia de los Bancos de emision.—De la unidad del billete de Banco emitido por un solo y privilegiado establecimiento.

En cumplimiento de lo expuesto en el presente capítulo, á continuacion reproduzco la exposicion de motivos que acompañaba el proyecto de ley *sobre Bancos* presentado al Congreso en 1848.

Los hombres entendidos en materias de hacienda comprenderán á la simple lectura del proyecto de ley que daremos á continuacion del preambulo, que la concentracion bancaria que tuvo por objeto efectuar el decreto de Mayo de 1874, que constituyó al Banco de España como único centro de emision, se habria obtenido hace 28 años en mejores condiciones que lo ha efectuado dicho decreto.

PREÁMBULO DEL PROYECTO DE LEY.

La profunda modificacion que en España ha experimentado la propiedad territorial, principal elemento de nuestra riqueza, de resultas de la desamortizacion eclesiástica y civil; el impulso que esta importante reforma ha dado al trabajo y á las reformas de interes material; el mayor estímulo que hácia las empresas industriales se ha hecho sentir en el país, reclaman la definitiva organizacion de los establecimientos de crédito destinados á reconcentrar y á distribuir convenientemente los capitales acumulados, que privados, de empleo, ó faltos de confianza, se retraen permaneciendo improductivos, con perjuicio de sus poseedores y de las clases trabajadoras.

El servicio del Estado, no ménos que el interes de los particulares, reclaman tambien que la circulacion monetaria se regularice en España y facilite á los contribuyentes el pago fácil y sin sacrificios de los impuestos que deben satisfacer al Tesoro, la traslacion expedita de los caudales de que dispone la administracion, y á los pueblos los medios de estrechar sus relaciones con la mayor facilidad de cambiar sus productos.

A llenar todas estas y otras infinitas necesidades económicas están llamados los Bancos, institucion contemporánea del desarrollo de la riqueza y de la industria, y cuyo ministerio se ha hecho indispensable en las naciones modernas, como centros de acumulacion y de distribucion del metálico y de los valores de crédito, empleados como objeto de cambio para las compras y ventas, para los pagos y demas transacciones en que se trasmiten los productos del trabajo.

La actividad industrial de las naciones modernas no se presta ya á los reducidos medios de circulacion que bastaban á nuestros padres, y en los grandes centros de actividad mercantil como Lóndres, Liverpool, París Hamburgo y otras plazas de igual opulencia, no alcanzarían á veces, las horas hábiles del día para verificar los pagos y cobranzas á que da lugar la multiplicidad de los negocios, del mismo modo que la trasmision de metales preciosos de un punto á otro del territorio, ha llegado á ser un medio incómodo, costoso é insuficiente para poner al alcance de las localidades de un mismo país el movimiento de fondos de que necesita el comercio, la industria y los particulares.

La mayor riqueza, la mayor actividad, las crecidas necesidades de

la Europa moderna, han dado á los Bancos la extension y la importancia que los hace considerar como elementos indispensables de la vida industrial de los pueblos. Donde existen, su influencia sobre la produccion y distribucion de la fortuna pública se hace señaladamente sentir. Donde no existen, su falta es lamentada por los hombres ilustrados y previsores, y las dificultades y penuria de la circulacion indica cuán esenciales son las funciones que desempeñan los Bancos en la economía de la sociedad.

Estas funciones pueden definirse bajo el aspecto de su influencia sobre la riqueza y el de las ventajas que el público retira de la existencia de los Bancos, indicando los efectos que producen cuando su accion se extiende y se generaliza en un país.

Consagrados á reconcentrar numerario, los Bancos son un lugar seguro de depósito para la custodia de caudales y alhajas, y el público disfruta por su medio de la facilidad de poder coleccionar en paraje resguardado, y de tener á su disposicion, cuando guste, las cantidades ó los objetos preciosos, cuya conservacion, á veces costosa, siempre insegura é incómoda, molesta á los particulares, y hasta cierto punto aumenta sus cuidados y coarta su libertad.

La circunstancia de ser los Bancos un lugar seguro de depósitos hace que naturalmente afluya á sus cajas el dinero que se halla esparcido, enterrado á veces, ocioso las más; y como al atractivo de la seguridad se une el aliciente del interes que los Bancos suelen abonar á los que le confían caudales para utilizarlos, resulta que á medida que estos establecimientos van arraigándose en un país, atraen á sí todo el numerario disponible y de que los particulares no necesiten inmediatamente, y que prefieren confiar á los Bancos, á guardarlo improductivamente y con riesgo.

Una vez reconcentrado en poder de los Bancos el numerario excedente del país, éstos por su propio interes lo utilizan descontando letras, haciendo préstamos bajo garantías, y otras operaciones análogas, lo que pone necesariamente el dinero así reunido al alcance del público, en términos que se conoce fácilmente y puede apreciarse cuál es la relacion que existe entre la demanda y oferta de capitales.

El comercio y los particulares se dirigen á los Bancos siempre que necesitan fondos, y la comparacion de esta demanda con los medios legítimos que tienen los Bancos de satisfacerla, da la medida del estado del mercado monetario, con una exactitud que no cabe alcanzar en los países donde no existen ó no se han generalizado estos establecimientos.

No es menor la ventaja que los Bancos confieren al público, siendo los cajeros y los pagadores de todos los que quieren abrir con ellos cuentas corrientes, pues por este medio los comerciantes, los fabricantes y los particulares se ahorran el tiempo y el dispendio de tener una caja y de verificar por sí mismos los pagos y las cobranzas que se hallan en el caso de hacer. Con tener un libro en el que anoten lo que dan á cobrar al Banco y lo que ordenan pagar á este, está llevada la caja del comerciante más opulento y cubiertas las atenciones del establecimiento más sobrecargado de negocios.

Ademas, los Bancos, poniendo en circulacion sus billetes al portador ó sea sus promesas de pagar á la vista las sumas expresadas en dichos billetes, hacen que el público prefiera las más veces el papel al dinero, por ser aquél más fácil de contar y poder ser trasportado con mayor facilidad de un punto á otro.

Desde el momento que la confianza acredita el papel de los Bancos, confianza fundada en la certidumbre de que sus billetes serán convertidos en metálico á voluntad de sus tenedores, el papel es preferido al dinero y se convierte en sustituto de éste para todos los cambios y transacciones en que median cantidades de alguna consideracion. El numerario no se necesita ya entónces sino para representar las pequeñas sumas, para pagar jornales y proveer á la adquisicion de objetos de escaso valor.

Esta sustitucion del dinero al papel, no sólo evita la incomodidad de trasportar y de custodiar los metales; ahorra ademas tiempo y facilita la trasmision cómoda y fácil de sumas las más crecidas, y lo que es más importante aún, economiza el interes del dinero sobre el capital circulante, que sería necesario tener en reserva en oro ó plata en las cajas de los particulares, si sólo se emplease el numerario como medida de los valores y medio para efectuar la permuta y cambio de los productos del trabajo.

Pero estas ventajas sólo se obtienen cuando el papel conserva su fácil y expedita *convertibilidad* en dinero; pues si ésta llega á entorpecerse ó dificultarse, se altera la base de la circulacion monetaria y se experimentan todos los inconvenientes de que nos haremos cargo en el curso de estas observaciones.

Así, que los efectos económicos de los Bancos, cuando éstos se hallan establecidos bajo sanos principios y se previenen los abusos del crédito, pueden reasumirse en las ventajas siguientes:

Facilitan la produccion, poniendo los capitales al alcance del trabajo y cubriendo su demanda con mayor regularidad que pueda ha-

cerse cuando no existen centros organizados para administrar la circulacion monetaria.

Como consecuencia inmediata aceleran los progresos de la industria, suministrando á ésta los capitales que reclama el aumento del trabajo y las necesidades del consumo.

Favorecen, por último, la variedad y multiplicidad de las transacciones, viniendo en ayuda de los productores, de los especuladores y de los consumidores, cuyos tratos y negociaciones facilitan, aumentando sus recursos y fortificando el crédito de los particulares.

Pero al lado de estas ventajas hay que precaver inconvenientes, siempre que los Bancos no están fundados sobre buenos principios y no son regidos con arreglo á ellos, pues en tales casos introducen el desórden y la perturbacion en las funciones económicas de la sociedad.

Cuando los Bancos extienden imprudentemente su circulacion y se prestan á satisfacer la demanda de capitales no fundada en el incremento de la prosperidad pública y de las necesidades bien entendidas de las industrias que se proponen auxiliar, las emisiones de los Bancos violentan la produccion; causan el que ésta exceda los límites de las necesidades del consumo; aumentan de una manera perjudicial y depresiva para la riqueza pública la competencia entre los productores; hacen que se disminuyan las utilidades de éstos, y por consecuencia de ello, el capital neto de la sociedad; motivan las subidas extraordinarias de precios, que cuando no las ocasiona la demanda de productos, las determina la abundancia relativa del numerario ó del papel que lo representa. Como consecuencia de estas subidas forzosas de precios, provocan la salida del numerario, efecto inevitable de la exagerada emision de papel, y, por último, engendran las crisis comerciales que necesariamente siguen á toda perturbacion en los precios del mercado general y al desnivel que á consecuencia de la excesiva emision del papel se establece entre éste y el numerario que los billetes representan.

Por consiguiente, puede sentarse como doctrina admitida en materia de crédito, que donde no existen los Bancos de emision la produccion es lánguida y difícil la circulacion de los valores, del mismo modo que es una verdad llevada al último grado de demostracion por la experiencia, que el abuso que de los Bancos suele hacerse como instituciones de crédito, perturba las funciones económicas y produce las alteraciones de precio y las crisis monetarias que acarrear la ruina de las fortunas particulares, y las quiebras mercantiles en las naciones más prósperas y ricas.

Si los economistas han demostrado, llevándolo al grado de axioma, el principio de cuán funestos son los monopolios en todos los ramos que afectan la produccion y la distribucion de la riqueza, la experiencia se ha encargado de suministrar á las naciones modernas por medio de un ejemplo que la ciencia no puede recusar, todo el peligro que encierra el principio de la *libertad absoluta* aplicada á la economía de de los Bancos de circulacion.

Un país dotado por la Providencia de todos los elementos de la más pasmosa prosperidad, un país nuevo, cuya poblacion y cuyas instituciones traen su origen de la nacion más sábia y más emprendedora en materias comerciales, los Estados-Unidos de América, han ensayado el principio de la libertad absoluta, respecto á Bancos, y la consecuencia ha sido la ruina y el descrédito de todos los establecimientos de esta clase que existian en el territorio de la confederacion, la bancarrota universal de los mismos, y la pérdida á los ojos de la Europa y del mundo de aquel carácter de probidad y de solvencia á que no puede ser indiferente ningun país civilizado.

Los pormenores que acerca de la crisis monetaria experimentada por los Estados-Unidos de América en los últimos años podrian aducirse en corroboracion de lo que acabamos de expresar, alargaría demasiado esta reseña; y como, por otra parte, los hechos á que nos referimos son muy conocidos de cuantos hombres se ocupan de estudios económicos, podemos limitarnos á la mera indicacion que acabamos de hacer.

Del mismo modo que la historia de los Bancos de América ha demostrado la falsedad del principio de libertad absoluta aplicado á la emision de papel de crédito, la célebre crisis mercantil que experimentó la Inglaterra en 1825 y 26, dió lugar á que entre los economistas y hombres de Estado de este último país se formase una opinion contraria á la existencia del monopolio exclusivo de un sólo Banco de emision.

Conocidas son en el mundo la opulencia, la celebridad, el inmenso crédito de que disfruta el Banco de Inglaterra, institucion contemporánea del último período del gobierno representativo en aquel país. Fundado por Guillermo III de Orange, el Banco de Inglaterra ha visto enlazada su prosperidad con la del país, y ha extendido su influencia y la circulacion de sus billetes en términos que, no obstante la existencia de numerosos Bancos en el Reino Unido, el de Inglaterra ha ejercido sobre todos ellos una supremacía justificada por la importancia de su capital (de 70 millones de duros) y por

las productivas operaciones que durante el espacio de un siglo ha hecho con el Gobierno.

El principal privilegio de que hasta en los últimos años ha gozado este célebre Banco, consistía en que no era lícito el establecimiento de ningún otro Banco compuesto de más de seis socios en un radio de 65 millas al rededor de Londres. Esta prohibición de la ley impedía la formación de sociedades colectivas, anónimas ó en comandita con un capital capaz de competir con el Banco; de donde resultaba que los billetes del Banco de Inglaterra (como emanados de un centro de mayor solvencia) circularan casi exclusivamente en Londres y en el radio de las 65 millas en derredor de la capital, no obstante que las casas de Banco establecidas en esta circunscripción territorial se hallaban en posesión del derecho de emitir papel, derecho del que, sin embargo, no han usado, pues han preferido entenderse con el Banco de Inglaterra y servirse de sus billetes en lugar de los que pudieran emitir ellos de su cuenta.

Aunque limitado el privilegio del Banco al radio de Londres, era tan general el crédito de este establecimiento, que sus billetes circulaban por toda Inglaterra y competían fuera de su circunscripción legal con los billetes de los Bancos particulares que existían en las provincias. Mas ocurrió la crisis mercantil de 1825 y 26, y como sus efectos se sintieran más vivamente aún en éstas que en el mismo Londres, pues ascendió en dichos dos años el número de quiebras de Bancos en los condados ó provincias á 276, se atribuyó en gran parte la causa de semejante calamidad al mal uso que se creía había hecho el Banco de Inglaterra de la libertad de que por entonces gozaba de emitir papel sin otro límite que su interés y su prudencia, así como también á la debilidad de los Bancos provinciales formados por compañías particulares, compuestas de seis socios cuando más (en razón á la ley que prohibía la creación de compañías anónimas dedicadas á negocios de banca), causa á la que se atribuía que no existiesen en las provincias establecimientos de crédito de bastante poder para proveer á la circulación y hacer frente á las vicisitudes del mercado monetario, muy frecuentes en un país tan esencialmente comercial como la Inglaterra.

Así es que, tratándose en 1832 de la renovación de la carta ó privilegio del Banco, el canciller del Echequier exigió que éste renunciase al privilegio de que no pudieran establecerse en los condados sociedades anónimas dedicadas á negocios de banca, y creyó proveer un eficaz remedio á los males experimentados en la última crisis, estableciendo

el principio de la competencia en punto á emision de papel, la cual quedó establecida y regularizada, autorizando la creacion en las provincias de *Joint Stock Banks* ó de sociedades anónimas dedicadas á operaciones de banca, y limitando el privilegio del Banco de Inglaterra á un pequeño rádio al rededor de Lóndres.

No tardó, empero, una amarga experiencia en demostrar cuán precipitado habia sido el juicio formado por el canciller del Echiquier respecto á la oportunidad del remedio propuesto por la nueva ley, y á la bondad del correctivo que en los *Joint Stock Banks* habia creido encontrarse con los abusos posibles y no muy justificados, achacados al Banco de Inglaterra.

Los Bancos provinciales, constituidos por sociedades anónimas, no produjeron ninguna de las ventajas que de ellos se esperaban. El agiotaje y la granjería se apoderó de los nuevos establecimientos, que fundados con capitales nominales fabulosos, sólo realizaron una pequeña parte de ellos; y como por otra, los Bancos particulares establecidos de muy antiguo en todas las localidades habian echado profundas raíces, adquiriendo conocimientos muy especiales, y enlazándose íntimamente con las costumbres y necesidades de sus numerosos clientes, los Bancos provinciales anónimos, ni lograron reunir grandes capitales, ni ménos emplearlos atinadamente y con fruto.

De ello se siguió el descrédito de la *Joint Stock Banks*, la quiebra de infinitos de ellos, y la demostracion de la ligereza con que habia sido atacada la accion del Banco de Inglaterra como centro regulador del movimiento monetario.

Mas ya por este tiempo la atencion de los economistas, de los hombres públicos y de los particulares ilustrados, fuertemente llamada á ocuparse de las cuestiones relativas á los Bancos y al crédito, habia dilucidado completamente esta importante materia, resultado á que ayudó poderosamente la investigacion que á excitacion del Gobierno ordenó el Parlamento en 1837 sobre el estado de todas las industrias y ramos de la produccion del Reino Unido.

Estos estudios y esta investigacion produjeron una opinion nueva y luminosa, opinion que cada dia han ido corroborando las meditaciones de los sabios y las observaciones de los hombres prácticos y de negocios.

Excedería á los límites de esta breve Memoria (1), enumerar los fundamentos teóricos en que descansa la opinion que ha encontrado

(1) Preámbulo del proyecto de ley de Bancos presentado al Congreso de Diputados en 1848.

mayor acogida entre los economistas y las personas más entendidas en materia de Hacienda, relativamente á la teoría de los bancos de emision.

Nos contentaremos con reasumir los principios generales formulados por las autoridades más competentes, principios adoptados en la última legislación sobre Bancos, decretada por el Parlamento británico.

Segun esta doctrina, la facultad de emitir billetes al portador *pagaderos á la vista* es un equivalente á la facultad de *acuñar moneda*, y sólo debe ser ejercida por el Estado ó por delegacion de éste.

Para que se llenen cumplidamente los efectos de un sistema de circulacion en que el papel desempeñe las funciones del dinero, es indispensable asegurar la fácil y expedita conversion de los billetes en numerario á voluntad de los tenedores.

Esta *convertibilidad* será muy difícil, si no ilusoria, cuando no se fijan límites definidos á la emision del papel.

La funcion de ajustar la emision de este papel á las verdaderas necesidades del comercio y del público, es incompatible con los intereses y circunstancias de un Banco especulador que emite billetes para sus propios descuentos y operaciones.

El establecimiento encargado de emitir papel debe hacerlo por suma limitada á las verdaderas necesidades del público, y que se halle ademas *precisamente garantizado por un valor realizable* y disponible siempre, ó en cambio de oro y plata.

Este establecimiento no debe comerciar, ni descontar, ni hacer otra cosa que desempeñar gratuitamente las funciones de recaudador y pagador del gobierno, y dar billetes en cambio de dinero, y dinero en cambio de billetes á los que acudan en demanda de estos objetos.

Al renovar en 1844 la carta ó privilegio del Banco de Inglaterra, el Parlamento y el Gobierno hubieran deseado aplicar estos principios y constituir al Banco como único centro de emision en todo el reino. Mas á este intento se oponian la inmensa dificultad de perjudicar á los intereses del Banco, privándolo de la libertad de negociar con su capital y el no menor inconveniente de lastimar los intereses de los infinitos Bancos particulares que desde muchos años hace existen en los diferentes condados de Inglaterra y que se hallan en posesion de emitir su propio papel.

Para conciliar estos extremos, la última ley sobre Bancos ha operado una transaccion entre los diferentes principios é intereses que las circunstancias que hemos indicado obligaban á respetar.

La ley ha fijado al Banco de Inglaterra límites de emision, ha

afectado garantías especiales é inamovibles á la parte del capital en billetes no representado por numerario existente en las cajas del Banco, y ha separado completamente y para siempre en dos departamentos distintos el oficio de emitir billetes al portador de que continua el Banco en posesion, y la libertad en que se le ha dejado de negociar con los fondos que la confianza pública lleva á sus arcas.

La misma ley ha dispuesto que en lo sucesivo ningun nuevo Banco pueda emitir papel, y al mismo tiempo que ha dictado disposiciones para facilitar que los Bancos existentes sustituyan á su propio papel el del Banco de Inglaterra, ha prohibido que aquellos que adoptando este medio dejen de emitir papel puedan volverlo á emitirlo en lo sucesivo.

A los Bancos que prefieran continuar haciendo uso del derecho de emitir sus billetes al portador, les ha fijado la ley un límite de emision, cuya base es la de la circulacion de billetes que tuvieron los mismos Bancos en las doce semanas que precedieron á la promulgacion de la ley.

Tambien se ha sujetado á todos los Bancos de los tres Reinos á la precisa obligacion de publicar todas las semanas su estado de situacion expresivo del importe de sus billetes emitidos, de sus obligaciones pendientes (incluso los depósitos), de sus efectos en cartera, y del oro, plata y billetes del Banco de Inglaterra en posesion de los mismos Bancos.

Respetando de este modo los derechos creados y los intereses existentes, la Inglaterra prepara en un porvenir no muy lejano, la concentracion en manos del Banco de la *emision exclusiva de papel*, realizando entónces en toda su extension la teoría que hemos indicado, y que es la única que sin incurrir en los inconvenientes de un monopolio comercial, instituido á beneficio de una compañía de especuladores, puede dar por resultado el establecimiento de un centro único de emision.

Habiendo citado el ejemplo de la Inglaterra, tratándose de instituciones, que, si no han nacido en aquel país se han desarrollado y perfeccionado en él, más que en otro alguno, no queremos pasar completamente en silencio lo que se practica en Francia, aunque muy poco puede enseñar en este ramo la experiencia de nuestros vecinos.

La Francia debe ser considerada como una nacion de pura circulacion metálica (1). Hata muy recientemente sólo ha existido el Banco de

(1) Cuando esto se escribia hace veintisiete años, Francia no habia adquirido todavía el des-

París llamado *Banco de Francia*, cuyas operaciones y cuya circulacion han reclamado el auxilio del crédito en las plazas marítimas y en los grandes centros manufactureros y motivado el establecimiento de Bancos locales; pero la generalidad de los departamentos carece enteramente de instituciones de crédito y la agricultura, de la que viven 28 millones de franceses, no participa de las ventajas de la circulacion mixta de papel y dinero. Varias son las causas que contribuyen á este estado de cosas; pero las mas esenciales lo son sin duda alguna lo defectuoso de la legislacion sobre hipotecas y la sub-division llevada al extremo de la propiedad territorial, doble é insuperable obstáculo á la extension del crédito agrícola.

No es, pues, posible, juzgar de la accion de los Bancos en Francia sobre la masa general de la poblacion, porque esta accion no existe, hallándose limitada á ciertas localidades solamente.

El sistema de Bancos en Francia, era ántes del establecimiento de la república, el de compañías privilegiadas, á las que el Estado concedia un monopolio en determinados puntos; y como la influencia de estos Bancos era aislada, y la circulacion de su papel inmensamente inferior á la de la circulacion *puramente metálica*, que provee á las necesidades de casi toda la Francia, los efectos de este sistema restringido é imperfecto no sobrellevan la apreciacion de sus consecuencias con relacion á todo el país.

El Banco de Francia establecido en París, ayuda al gobierno en sus operaciones, provee de papel á la capital, y suministra capitales al alto comercio y á los banqueros, que á su vez descuentan el papel de los pequeños comerciantes, de los industriales y de los tenedores. Ultimamente, el Banco de Francia habia creado sucursales en los departamentos, y empezado á circular su papel fuera del recinto de París.

La revolucion de Febrero ha venido á introducir un cambio harto profundo en este sistema para que pueda todavía ser juzgado como únicamente pueden serlo los hechos económicos, esto es, por el resultado de la experiencia.

El Banco de Francia ha sido declarado por la ley único centro de emision, y se le han unido todos los demas Bancos anteriormente creados en virtud de leyes especiales, los cuales han quedado como

arrollo comercial que posteriormente debió á la legislacion y á las creaciones del Imperio. El Billeto del Banco de Francia no circulaba entónces fuera de París y del rádio del departamento del Sena.

sucursales del Banco central. El capital de éste se ha aumentado y se le ha autorizado á emitir hasta la cantidad de 350 millones de francos, obligándole á la saludable medida de publicar todas las semanas su estado de situacion; pero al mismo tiempo se ha hecho forzosa la circulacion de sus billetes, ó lo que es lo mismo, éstos no son en el día permutables por efectivo metálico á voluntad de los tenedores.

En medio de circunstancias tan extraordinarias, tan violentas y tan excepcionales, no es posible juzgar el nuevo sistema francés. Sólo el tiempo puede hacerlo apreciar y conocer. Bajo la monarquía era evidente la insuficiencia de las instituciones de crédito en el país vecino; en la actualidad, los cambios introducidos y los que se anuncian en punto á Bancos y circulacion, son harto radicales para que puedan considerarse sin peligro bajo otro aspecto que el de meras teorías, todavía sujetas á revision.

Mas una nacion que aspira á fomentar su riqueza á impulso de medidas generales y á fundar el crédito privado con aplicacion al desarrollo general de la produccion y á la ordenada distribucion de los productos del trabajo, debe aspirar á un sistema que abrace todos los intereses del país, que sepa proveer á las necesidades de todas las industrias, que aproveche igualmente á todas las clases de productores.

Consultando estos principios, España hubiera debido pensar desde que ha entrado en la vida de los pueblos modernos, en fundar un sistema de Bancos apropiados á sus necesidades y á los elementos de su economía interior.

La base de este sistema hubiera debido ser la creacion de un *gran Banco nacional, único de emision en todo el reino*, y á cuya sombra hubieran podido desarrollarse instituciones provinciales encargadas de distribuir convenientemente los auxilios del crédito.

Pero para constituir un Banco *único de emision* se necesita un fuerte capital de garantía, no empeñado en especulaciones ni mezclado en sus azares. Este capital á que no puede proveer el Gobierno, y que tampoco puede suplir su vacilante crédito; este capital que los particulares no tendrán la generosidad de aprontar para *inmovilizarle*, á fin de proveer á un objeto de utilidad pública, este capital lo poseia la nacion española no hace mucho tiempo.

Cuando se pusieron en venta los bienes del clero secular, se dejó pasar la ocasion propicia de haber afectado á la creacion de un gran Banco nacional una masa de bienes raíces, cuya hipoteca los hubiese puesto en el caso de tener un Banco que compitiera en poder y en crédito con el de Inglaterra.

Pero en el día no puede pensarse en esto, ni existe medio hábil para constituir *un Banco único de emision para todo el reino*, con arreglo á las condiciones que los buenos principios exigen, y que, segun hemos indicado, deben colocar á un establecimiento de esta clase en entera independencia á la vez del Gobierno y de los intereses de una compañía mercantil.

El proyecto de hacer en el día del Banco Español de San Fernando el único centro de emision de papel para todo el reino, ofrece en principio el gravísimo inconveniente, el error capital de confiar la circulacion monetaria de todo el país á un establecimiento especulador, lo que está en abierta contradiccion con las precisas condiciones que debe reunir un *Banco nacional de emision*, tal cual lo hemos definido; inconveniente que sólo podria evitarse separando del Banco las unciones de emitir papel, y atribuyéndolas á una comision intervenida por el Tesoro; pero este sistema expone á otro peligro todavía mayor, el de hacer poco ménos que imposible la circulacion voluntaria de los billetes al portador, pues ínterin se hallen, bajo la tutela del Tesoro y en manos del Gobierno, no inspirará la confianza necesaria para su fácil circulacion, toda vez que por desgracia es todavía tan deplorable el estado de nuestro crédito público y tan léjos de la realidad se halla la nivelacion de los presupuestos; circunstancias sin las cuales es una ilusion engañosa contar con que la responsabilidad del Estado pueda servir de garantía á un vasto sistema de crédito.

Por otra parte, querer subordinar la creacion de los Bancos de circulacion que reclaman las necesidades locales, á la extension que el Banco de España, declarado que fuese *único centro de emision*, diese á sus sucursales en las provincias, sería querer dos cosas perjudiciales y absurdas; la primera obligar al Banco de España á establecer sucursales donde no le conviniera hacerlo, y la segunda forzar la confianza pública, en la actualidad completamente retraida, de la plaza de Madrid.

Los Bancos no pueden crearse sin que se presten á su formacion y concurran á ella, no sólo los hombres acaudalados de las provincias, esto no bastaria, sino los vecinos más modestos que poseen pequeños ahorros, la generalidad de los habitantes. Ahora bien, en circunstancias ordinarias y ántes que los efectos de la última crisis mercantil produjesen el descrédito de la plaza de Madrid y perjudicasen al mismo Banco de España, hubiera sido imposible poder contar con que los pequeños capitales, ociosos en las provincias, hubiesen venido á la

córte á tomar parte en la extension de las operaciones del Banco central; y sin la participacion de los pequeños capitales por la difusion de la confianza, jamás podrá fundarse un sistema de Bancos eficaz y beneficioso en ningun país. En la actualidad no sólo los capitales chicos se retraerian de todo llamamiento á favor de Bancos en las provincias cuya administracion central estuviese en Madrid, sino que los fuertes capitalistas del reino, más acostumbrados á esta clase de operaciones, tampoco se mostrarian ansiosos de embarcar sus caudales en el *Banco único*, situado en la córte y colocado al alcance y bajo la influencia del Gobierno (1).

Mas no por esto desconocemos que las objeciones que se presentan para la inmediata realizacion del pensamiento de establecer un *Banco único* son de suyo transitorias y nadie se halla más convencido que nosotros de que no debemos renunciar para siempre á la idea de constituir, corriendo el tiempo, el *Banco único de emision*, perspectiva á la que debemos acercarnos, cuidando de no introducir en la ley disposiciones que tiendan á crear intereses opuestos á una organizacion más perfecta del crédito, que aquella á que puede aspirarse en el dia.

Lo importante en la actualidad es generalizar la accion de los Bancos, favorecer sus establecimientos en las diferentes provincias del reino, en términos que sus beneficios alcancen á todas partes, evitando empero que los intereses de los Bancos se fraccionen y creen en cada localidad derechos y pretensiones que sea difícil, si no imposible, sujetar en lo sucesivo á una influencia comun, á una accion homogénea, á un principio regulador que haga circular los capitales por todo el territorio de la nacion, con la misma facilidad y eficacia que circula la sangre por el cuerpo humano (2).

Otro principio debe no perderse de vista si la ley ha de producir efectos saludables y proporcionar al país las ventajas á que puede fundadamente aspirar. Para que los Bancos sean en España instituciones verdaderamente útiles y nacionales, es indispensable que los *agricultores y colonos* encuentren en el crédito los auxilios de que necesitan, las felicidades que reclaman las alteraciones que el nuevo sistema tributario ha introducido en nuestro antiguo sistema de impuestos. Los

(1) Estas observaciones responden al estado en que llegó á verse el Banco de San Fernando á consecuencia de la crisis de las sociedades anónimas, ocurrida en aquel año (1817 y 48) y al desfalco que experimentó el mismo Banco por malversaciones de su director.

(2) Difícil sería haber previsto con más acierto los inconvenientes que en el dia se tocan para establecer el Banco único, inconvenientes que no existirian si se hubiese adoptado el proyecto de ley presentado al Congreso en 1848.

Bancos para el comercio se formarán de por sí solos, porque las clases mercantiles saben hacer uso del crédito. Pero la agricultura, en la que consiste la riqueza de España, necesita del crédito y no sabe cómo recurrir á él. A esta necesidad es á la que la ley de Bancos debe proveer con preferencia y con esmero.

Fundados en los principios expuestos y buscando su aplicacion en términos que concilien las buenas teorías del crédito con la dificultad de realizar actualmente todo lo que ellas aconsejan, y consultando además la situacion y las circunstancias en que se encuentra España, hemos procurado consignar en el proyecto de ley que sigue á esta Memoria las disposiciones que deberán tenerse á la vista para no renunciar á la probabilidad de establecer con el tiempo un *Banco único de emision* sin dejar de obtener desde ahora el importante resultado de dotar con igualdad á todas las provincias del reino de Bancos de depósitos y circulacion, para cuya formacion se dá toda la conveniente facilidad y estímulo al espíritu de empresa, atrayendo los capitales hácia esta clase de establecimientos y dejando al mismo tiempo toda la libertad para su creacion en las diferentes provincias; se subordina esta libertad á la necesidad que de ellos experimenta el país, y á los elementos que para constituirlos abundan más ó menos en cada localidad.

No siendo posible pensar ahora en la creacion del *Banco único de emision*, ni pudiendo tampoco prescindirse de favorecer la de Bancos provinciales, multiplicar éstos aisladamente en cada provincia, hubiera sido crear otros tantos centros de intereses opuestos, sembrar la anarquía en materia de crédito, é imposibilitar las modificaciones y mejoras que puedan irse introduciendo en la legislacion especial de Bancos.

Todos estos extremos se concilian por medio de la creacion de diez grandes Bancos de emision, que distribuidos convenientemente en toda la extension del reino y ligados entre sí por una representacion comun, tomen á su cargo crear Bancos dependientes de ellos en las demas provincias, extender y aclimatar el crédito en el país, á fin de poder reunir más tarde la influencia de estos Bancos en un *centro comun*, que vengan á ser el regulador de nuestro sistema monetario, y el poderoso instrumento que consolide el crédito agrícola y mercantil en España, por medio de una organizacion más robusta y mejor ordenada que las que ha logrado ningun otro país.

Palacio del Congreso, 27 de Diciembre de 1848.—*Andrés Borrego*.
—M. Sanchez Silva.—Francisco de Paula Orense.

VI

Cómo la unidad bancaria pudo establecerse hace 28 años, con evidente ventaja para los intereses de la nacion.

La aplicacion de la teoría del Banco único de emision, habria sido preparada y facilitada por medio de la adopcion del proyecto de ley de 27 de Diciembre de 1848, cuyo preámbulo hace la materia del precedente capítulo.

Achaque ha sido de las reformas emprendidas en España para ponernos al compás de las demas naciones en punto á mejoras y adelantos, haber entrado en ellas sin suficiente estudio y preparacion, sin aquella autorizada sancion con que la opinion acoge las creaciones conformes al general asentimiento.

En la carencia de conocimientos económicos y administrativos en que hemos estado, ha habido ministros ignorantes ó simples plagarios que nos han dado como reformas estudiadas y convenientes, medidas que no han sido otra cosa sino la servil traduccion del *Boletin de las leyes* de la vecina Francia; hemos visto al antiguo Banco de San Fernando, revestido por el decreto de su creacion del privilegio de emitir billetes al portador en todo el reino, no sólo no apreciar en lo que valía semejante concesion, sino mirarla como una carga, resistirse á extender su circulacion fuera de Madrid, y mirar de reojo á los demas establecimientos bancarios que se creaban.

Hubo más: verificada la union de los Bancos de Isabel II y de San Fernando para constituir el Banco de España, solicitó éste la reduccion de su capital, que lo era de 200 millones, al guarismo de 120 millones. Hubo en las Córtes de 1851, en las que se presentó el proyecto de ley, diputados que procuraron en vano convencer al ministro de Hacienda y á la comision que entendia en el asunto, de la inconveniencia de semejante reforma y de las ventajas que para el país y

el mismo Banco se seguirían de conservar éste todo su capital, extendiendo á provincias la circulacion de sus billetes, y debiendo éstos ser declarados admisibles en pago de contribuciones, así como en el de toda clase de deudas entre particulares, sujeta empero la circulacion legal del billete en todo el territorio de la nacion á la condicion de ser convertibles en dinero en las cajas y sucursales del Banco, como igualmente en las Tesorerías de provincias.

Fueron, sin embargo, rechazados aquellos saludables consejos, desoyéndose como una extravagante utopia, como invencion casi revolucionaria, la idea de acercarnos á la aplicacion de las prácticas bancarias más acreditadas.

Al mismo tiempo que tan estrechas nociones eran la regla de conducta de los que pasaban por entendidos en materia de Hacienda, la oposicion de un ministro del ramo obligaba á los autores del proyecto de ley que á continuacion insertamos, á retirarlo de la discusion, de la que se hallaba pendiente en el Congreso de los diputados.

Dicho proyecto, como se verá por su simple contexto, tenía el doble objeto de extender á provincias la circulacion fiduciaria que el Banco de España se resistia á plantear, y de conservar la unidad bancaria, ligando por un vínculo comun á todos los centros de emision, y preparando su futura reunion en un sólo y único *Establecimiento nacional*.

Las verdades económicas, desconocidas entónces, han acabado, segun parece, por hacer su camino, y ahora se nos presenta como un invento nuevo, aquello mismo de que estaríamos en posesion hace 28 años, si, como se escuchó entónces á los empíricos y á los ignorantes, se hubiese prestado la debida atencion á las poderosas razones expuestas en el preámbulo del proyecto de ley que hemos reproducido en el capítulo precedente, y que completamos hoy insertando la parte dispositiva de dicho proyecto, cuyo tenor dará materia á los hombres competentes para apreciar hasta qué punto la falsa y empírica ciencia oficial ha entorpecido en España la adopcion de reformas útiles.

PROYECTO DE LEY

La creacion y existencia de Bancos en el territorio de la Península é islas adyacentes, se sujetará á las reglas y condiciones siguientes:

ARTÍCULO 1.º Los Bancos de circulacion, autorizados á emitir billetes al portador pagaderos á la vista, deberán llenar las condiciones que prescribe la presente ley, sin que fuera de las disposiciones que ella establece pueda crearse ningun Banco de esta clase.

ART. 2.º Los Bancos de depósito, descuento y giro, no autorizados á emitir billetes al portador, quedan sujetos á las disposiciones generales del código de Comercio y á las particulares de la ley de sociedades anónimas, sin que los privilegios que por el presente proyecto de ley se conceden á los Bancos de emision coarten en manera alguna la libertad de las transacciones de giro y banca á los particulares ni á las asociaciones formadas con arreglo á las leyes.

ART. 3.º El Banco español de San Fernando continuará en el goce de las concesiones y privilegios que le confiere el Real decreto de 25 de Febrero de 1848, que fijó las bases de su union con el de Isabel II.

ART. 4.º El Banco español de San Fernando tendrá el privilegio de la circulacion exclusiva de sus billetes en las provincias de Madrid, Toledo, Ciudad-Real, Cuenca, Avila, Segovia y Guadalajara, quedando obligado el Banco á establecer sucursales en las capitales de estas provincias, y cajas subalternas en las cabezas de partido de las mismas donde lo considere conveniente.

ART. 5.º Si pasado un término de dos años el Banco no hubiese establecido estas sucursales, el Gobierno podrá autorizar la creacion de ellas en las referidas provincias, dando siempre la preferencia á la compañía que, satisfaciendo á las condiciones que fija este proyecto de ley, se obligue á extender sus operaciones á mayor número de las provincias mencionadas en el artículo anterior.

ART. 6.º El Gobierno promoverá, donde ya no existan, la creacion de Bancos centrales en las ciudades de Barcelona, Valencia, Málaga, Cádiz, Sevilla, Coruña, Santander, Valladolid, Zaragoza y Palma de Mallorca.

Cada uno de estos Bancos tendrá el privilegio exclusivo de emitir billetes al portador, que circularán en las provincias siguientes:

Los del Banco de Barcelona, en las provincias de Tarragona, Gerona y Lérida.

Los del Banco de Valencia, en las de Murcia, Alicante, Albacete y Castellon.

Los del Banco de Málaga, en las de Granada, Almería y Jaen.

Los del Banco de Cádiz, en su provincia y la de Huelva.

Los del Banco de Sevilla, en las de Badajoz, Córdoba y Cáceres.

Los del Banco de la Coruña, en las de Orense, Lugo, Pontevedra y Oviedo.

Los del Banco de Santander, en las de Vizcaya, Alava, Guipúzcoa y Búrgos.

Los del Banco de Valladolid, en las de Palencia, Zamora, Leon y Salamanca.

Los del Banco de Zaragoza, en las de Logroño, Pamplona, Huesca, Teruel y Soria.

Los del Banco de Palma, en todo el territorio de las Islas Baleares.

ART. 7.º Trascurrido el término de dos años despues de creados estos Bancos sin que hayan establecido sucursales en las provincias en las que respectivamente se les asegura la circulacion de sus billetes, el Gobierno queda autorizado á conceder la creacion de Bancos locales, en cada una de ellas bajo las condiciones que establece la presente ley y dando la preferencia á la compañía que se obliga á extender sus operaciones en una mayor extension de territorio, conservando en lo posible las divisiones establecidas en el artículo anterior.

ART. 8.º Las compañías que soliciten formar los Bancos centrales de que habla el artículo 6.º, ó las que se propongan hacerlo comprendiendo en sus operaciones más de una provincia, deberán acreditar que han reservado durante tres meses la tercera parte de las acciones á disposicion de los vecinos y habitantes de las provincias donde haya de funcionar el respectivo Banco y quieran interesarse en estos establecimientos.

ART. 9.º A medida que se hayan establecido los Bancos provinciales, cada uno de ellos eligirá un representante ó apoderado para formar parte del *sindicato general de los Bancos de España*, que debe reunirse en Madrid, á fin de desempeñar las funciones que á dicho cuerpo atribuyen los artículos 19 y 20 de la presente ley.

ART. 10. Para autorizar la creacion de un Banco provincial se requiere :

- 1.º Que se halle suscrito la mitad del capital de fundacion.
- 2.º Que sus estatutos y reglamentos hayan sido aprobados por el Gobierno.

3.º Que se publiquen en la *Gaceta* y en los *Boletines Oficiales* los nombres de sus fundadores ó socios.

ART. 11. Los Bancos deberán tener realizada la mitad del capital suscrito ántes de empezar sus operaciones.

ART. 12. Las operaciones de los Bancos se limitarán precisamente:

1.º A recibir depósitos voluntarios de particulares y corporaciones.

2.º A recibir igualmente los judiciales y administrativos que consignen en sus cajas los tribunales ó las autoridades.

3.º A descontar letras y pagarés revestidos de dos firmas, de las admitidas á descuento, por la comision de descuentos de los respectivos Bancos.

4.º A prestar dinero bajo las siguientes garantías :

Primero. De papel de estado bajo el tipo que fije la Direccion.

Segundo. De acciones de compañías y de establecimientos públicos admisibles á juicio de la misma.

Tercero. De alhajas de oro y plata.

Cuarto. De barras de dichos metales.

Quinto. De consignacion de mercaderías y de toda clase de *frutos no perecederos* que tengan un valor corriente en el mercado.

Sesto. De pólizas de seguros, de ganados y enseres de labranza, á colonos , cuyas escrituras de arriendo deben correr al ménos tres años, hasta la tercera parte del valor que los efectos asegurados tengan en aprecio.

5.º A comprar y vender letras de cambio y comerciar en materia de oro y plata.

6.º A llevar cuenta corriente á las corporaciones y particulares que quieran servirse del ministerio de los Bancos para sus giros y cobranzas.

7.º A emitir obligaciones á plazo fijo, que ganen interes á favor de los depositarios ó personas que quieran confiar fondos á los Bancos por períodos que no bajen de seis meses.

8.º A recibir las cantidades que el Tesoro, ó los intendentes, hagan ingresar en sus cajas y pagar hasta el límite de las mismas, sin cargar por ello comision ni estipendio.

9.º A trasportar gratuitamente, por cuenta del Tesoro, los cau-

dales que éste les confie en el territorio donde se halle autorizada la circulacion de billetes del respectivo Banco.

10. A tener en cada capital de provincia una caja de ahorros, gratuitamente servida á beneficio de los jornaleros y clases pobres.

11. A emitir billetes al portador, bajo las reglas y condiciones que fija el presente proyecto de ley.

ART. 13. En cada una de las divisiones territoriales establecidas segun lo dispuesto en el artículo 6.º, así como en cada una de las provincias donde se autorice la creacion de un Banco de *emision*, no podrá establecerse otro de la misma especie ínterin dure el privilegio concedido á los Bancos creados en virtud de esta ley.

ART. 14. Los Bancos autorizados al tenor de lo dispuesto en los artículos precedentes, podrán emitir billetes al portador, pagaderos á la vista, por cantidades que no excedan de 20.000 reales, ni bajen de 500.

Estos billetes serán pagaderos:

- 1.º En la caja principal del respectivo Banco.
- 2.º En las sucursales y cajas subalternas comprendidas dentro de la circunscripcion territorial del Banco.
- 3.º En Madrid, en el *Sindicato general*.

ART. 15. Cada Banco estará autorizado á emitir billetes al portador, pagaderos á la vista en los términos expresados, hasta una cantidad igual al capital realizado del mismo Banco.

Sin embargo, ningun Banco podrá tener en circulacion una cantidad en billetes que exceda en dos tantos el *efectivo metálico* que conserve en caja; ó en otros términos, la circulacion en billetes ha de tener por segunda base la existencia en caja de la tercera parte al ménos del valor que los billetes representan. Para este caso se considerará como dinero efectivo el oro y la plata en barras, ensayadas y selladas que posean los Bancos.

ART. 16. Cuando las demandas del comercio y de los particulares en solicitud de billetes excedan la proporcion que la presente ley autoriza á crear, el Banco que se encuentre en este caso, acudirá por medio del *Sindicato* al Gobierno, y éste podrá autorizar nuevas emisiones bajo las garantías que concierte con el *Sindicato general*.

ART. 17. La mitad de las utilidades correspondientes al capital en billetes, creado en virtud de estas autorizaciones especiales, se depositará en poder del *Sindicato*, el cual la invertirá en fondos públicos para los fines especificados en el artículo 20.

ART. 18. Los Bancos reservarán ademas el 10 por 100 de las uti-

lidades correspondientes al capital en billetes que se les autoriza á emitir, segun lo dispuesto en el artículo 15, cuyo 10 por 100 depositarán en manos del *Sindicato*, con igual aplicacion á lo especificado en el artículo 20.

ART. 19. El *Sindicato general* representará á los Bancos cerca del Gobierno.

Sus atribuciones son las siguientes:

1.º Pagar los billetes de los Bancos, cuyos portadores los presenten al cobro en Madrid.

2.º Ser corresponsal de los Bancos en la capital del reino, y hacer todas las operaciones que exija el desempeño de los negocios que los Bancos le cometan; pero no podrá el *Sindicato* emitir billetes al portador, ni descontar letras, ni recibir depósitos, ni llevar cuentas corrientes en Madrid, ni en ninguna de las provincias comprendidas en la circunscripcion territorial del Banco español de San Fernando.

3.º Hacer con el Tesoro público las operaciones que concierte, para facilitar al Gobierno los medios de aprovechar de todas las ventajas compatibles con la seguridad é interes de los Bancos.

ART. 20. Los fondos que vaya acumulando el *Sindicato*, tanto procedentes de la mitad de las utilidades correspondientes al capital en billetes que el Gobierno autorice á los Bancos á emitir extraordinariamente, como del 10 por 100 de los beneficios correspondientes al capital ordinario en billetes, se destinan á formar el capital de garantía de un *Banco nacional único de emision en todo el reino*, en la época y bajo las condiciones que las Córtes acuerden.

Si no llegase á formarse este Banco dentro de veinte años, el fondo acumulado se devolverá á los Bancos en la proporcion que hayan contribuido á formarlo, y los Bancos los distribuirán en la misma forma entre sus accionistas.

ART. 21. Para cada uno de los Bancos centrales de que habla el artículo 6.º, nombrará el Gobierno un Comisario régio, inspector encargado de vigilar las operaciones del Banco y de las sucursales y cajas subalternas dependientes del mismo.

El reglamento del Banco fijará circunstanciadamente las atribuciones de los Comisarios régios, los cuales dotará el Gobierno, pero cuyos sueldos satisfarán los Bancos de su peculio.

ART. 22. Cada quince dias, el 1.º y el 15 de cada mes, deberán los Bancos fijar en las puertas de su establecimiento central y de sus sucursales, un estado conforme al modelo adjunto, expresivo de cuál es su situacion en aquella fecha.

ESTADO ACTIVO.

1.º Importe de letras y pagarés en cartera.....	"
2.º Idem de los saldos de cuentas corrientes á favor del Banco y capital de las secciones ó cajas subalternas del mismo en las provincias.....	"
3.º Idem de los fondos públicos y valores que fuesen pro- piedad del Banco.....	"
4.º Del efectivo en caja, en numerario y en barras.....	"
SUMA.....	"

PASIVO.

1.º Capital del Banco y fondo de reserva.....	"
2.º Depósito á cargo del Banco.....	"
3.º Cuentas corrientes á cargo del mismo.....	"
4.º Billetes en circulacion.....	"
SUMA IGUAL....	"

Este estado se publicará en los *Boletines oficiales* de las provincias en donde se hallen situados los Bancos, y el *Sindicato* cuidará igualmente de que se publique en uno de los periódicos de la capital.

ART. 23. Además los jefes políticos y los regentes de las Audiencias donde se hallen situados los Bancos, están autorizados á comprobar, cuando lo consideren conveniente, si la cantidad de billetes en circulacion *guarda* con el efectivo en caja la *proporcion* que establece el artículo 15, á cuyo efecto la direccion de los Bancos pondrá de manifiesto á estas dos autoridades los libros del establecimiento.

ART. 24. Las referidas autoridades darán cuenta al Gobierno de cualquiera irregularidad que observen en la rigurosa proporcion que debe existir entre el dinero y los billetes, y el Ministro de Hacienda, bajo su responsabilidad, podrá decretar la suspension del Banco contra el que existan pruebas de haber faltado á la fe pública.

ART. 25. Los privilegios que se concedan á los Bancos de emision les serán mantenidos por espacio de diez años, á cuya época se revisará la presente ley, introduciendo en ella todas las mejoras y alteraciones que haya recomendado la experiencia.

Palacio del Congreso 27 de Diciembre de 1848. — *Andrés Borrego*.
— M. Sanchez Silva. — Francisco de Paula Orense.

Hemos terminado la exposicion de los antecedentes que en punto á instituciones de crédito claramente demuestran que no son las buenas doctrinas ni los sanos consejos los que han faltado, sino un criterio público bastante ilustrado y capaz de distinguir las lecciones de la ciencia, de las sugerencias y de los manejos de la rutina y del pandillaje.

VII

De las condiciones del crédito territorial ó hipotecario y del crédito agrícola.

CRÉDITO HIPOTECARIO.

Habiendo tratado con la extension que lo he hecho en los precedentes artículos, cuanto concierne á Bancos y la circulacion fiduciaria, sería dejar incompleta la materia que abrazan las diferentes aplicaciones del crédito á la propiedad territorial, á la urbana y á la agricultura, guardar completo silencio acerca de las instituciones que tienen por objeto satisfacer á las preferentes necesidades de dichas fuentes de riqueza.

En varios de mis escritos sobre asuntos económicos he repetidamente consignado que el comercio propiamente dicho, que las clases industriales apenas necesitan que se piense en dotarlas de elementos de crédito, que ellas saben muy bien encontrar dentro de sí mismas, por cuya razon la legislacion sólo está llamada á cooperar, dando su sancion á los Bancos, á las Compañías de seguros y demas instituciones análogas creadas por el genio mercantil y los adelantos de la ciencia.

No sucede lo mismo cuando se trata de facilitar recursos á la pro-

propiedad territorial y á la agricultura. Sólo en los países cuya prosperidad es general, donde la acumulacion adquiere grandes proporciones y donde el crédito privado se generaliza, dejan la propiedad territorial y la labranza de necesitar recurrir á medios especiales, á establecimientos *ad hoc* para procurarse los capitales que reclama su desarrollo.

Así es que ni en Inglaterra, ni en Escocia, ni en los Estados-Unidos, que son los países donde el crédito se halla más generalizado y donde alcanza á todas las clases de la sociedad, no se conoce nada parecido á Bancos hipotecarios ni á Bancos agrícolas. El crédito es uno, reconoce las mismas leyes, aunque se distribuya y funcione por diferentes conductos. Un propietario territorial que en Inglaterra necesita fondos, está seguro de hallarlos con facilidad con sólo indicar á su *solicitor* el deseo de levantar recursos. Y en cuanto á los labradores, la legislacion de arriendos largos y la importancia del capital de circulacion con que en aquel país cuenta todo colono ántes de acometer una explotacion agrícola, los constituye en clientes habituales de los banqueros de su localidad, los cuales á su vez se proveen de fondos descontando su cartera, en otros establecimientos bancarios más opulentos, para los que están siempre abiertas las cajas de los banqueros de Londres, seguros éstos de encontrar en el Banco de Inglaterra las reservas, tanto metálicas como en billetes, que puedan necesitar.

Organizado, encauzado en dicha forma el crédito, vivifica todo el país y los recursos que suministra al trabajo en todos sus ramos, á la solvencia en todos sus caracteres, circulan entre todas las clases de la sociedad con la misma regularidad que corre y vivifica nuestra existencia la sangre circulando por las venas del cuerpo humano.

Semejante normalidad no es ni puede ser general. Ella requiere una potencia de acumulacion y hábitos hijos de la prosperidad y de la cultura de las naciones que han llegado al grado de vitalidad económica é intelectual que distingue á las que acabamos de señalar.

Muy léjos se hallan sin duda de reunir tales condiciones los países primitivos como Rusia, estacionarios como España ó recién nacidos como Francia á un gran desarrollo de produccion y de riqueza. En estas naciones los beneficios del crédito no han podido descender á la propiedad ni á la agricultura. La laboriosa y reflexiva Alemania ha sido la primera en dar un carácter especial á la organizacion del crédito territorial. Los atrasos en que á mediados del siglo último se hallaban los señores territoriales de Silesia, cuando su territorio pasó al domicilio de la Prusia, la conveniencia por parte de varios de los mis-

mos de operar trabajos de desmonte y de *drenaje* que mejorasen sus propiedades y aumentasen sus rentas, dió origen al pensamiento de lo que ha recibido el nombre de *crédito territorial*.

Tuvo éste principio merced á la creacion de Bancos ó cajas hipotecarias, que fundadas por acciones, reunieron capitales destinados á hacer á los propietarios de tierras préstamos á largos plazos y á un interes módico, recargado de una ligera comision.

Estos Bancos recibian de aquellos á quienes prestaban sobre hipoteca de las fincas que respondian de la operacion, obligaciones escalonadas á vencimientos semestrales correspondientes al número de años estipulado para el reembolso y expresivos del importe de las anualidades, la que comprendian el rédito y la amortizacion del préstamo. En virtud de este sistema los que eran socorridos por los Bancos se hacian dueños de un capital, reembolsable en una larga série de años y que podian emplear con éxito y reembolsar paulatinamente, operacion sumamente conveniente para efectuar mejoras que aumentasen el valor de la propiedad. Pero los Bancos hipotecarios habrian podido hacer muy poco, en grande escala al ménos, en beneficio de la misma propiedad si hubiesen de haber operado solamente con su capital. La verdadera mision de los Bancos fué la de constituirse en intermediarios, en agentes, entre los propietarios territoriales y los capitalistas grandes y pequeños, dispuestos á buscar un empleo asegurado de sus fondos. Encontrábalo, en efecto, llevando sus ahorros á estos establecimientos y recibiendo de ellos, bien sea obligaciones á plazo fijo que ganaban un interes inferior al cargado por los Bancos por sus clientes, ó más frecuentemente aún comprando las obligaciones que éstos recibian de los Bancos en vez de efectivo y á las que se dió el nombre de *lettres de gage* ó sea cédulas de empeño que constituian valores de completa seguridad, pues ademas de descansar su solvencia en la hipoteca de inmuebles justipreciados y libres de otro gravámen, tenian la garantia del establecimiento que emitia las cédulas y cuyo capital no comprometido en operaciones ajenas á su instituto presentaba garantias de la mayor solidez.

Grandes fueron las ventajas obtenidas por el sistema de crédito que ligeramente he bosquejado. Él acabó con la usura que esterilizaba los esfuerzos de la propiedad para mejorar sus condiciones aumentando el valor de las heredades. Lo sucedido en Silesia sirvió de ejemplo al resto de la Alemania, en cuyos diferentes estados se formaron y prosperaron establecimientos análogos que más tarde se apropiaron Polonia y Rusia. En estos dos países los Bancos hipotecarios se han arrai-

gado y creado una circulacion que hasta cierto punto hace competencia á la de los establecimientos fiduciarios.

A imitacion de Alemania, de Polonia y de Rusia, otros países, entre ellos Francia, han tratado de crear grandes centros de crédito hipotecario, pero los resultados no han correspondido á los fines que sus gobiernos se propusieron. No es necesario que me detenga á narrar la historia de los pocos felices ensayos repetidamente intentados en este género de operaciones por nuestros vecinos traspirenáticos, para comprender que las condiciones que rigen á la propiedad con arreglo al *código civil francés*, son un obstáculo permanente para el desarrollo del crédito hipotecario en grande escala. La tierra dividida y subdividida en pequeñas partículas no se presta á operaciones que induzcan al capital circulante á fijarse en ellas como garantía de préstamos, y si en aquel país todavía se encuentran propiedades territoriales en escala que no sea diminuta, si todavía la vista y el gusto logran recrearse en hermosas quintas y en heredades de cierta extension, hay que atribuirlo á que la industria y el comercio crean fortunas considerables, cuyos poseedores adquieren tierras y rehacen las medianas y las grandes heredades que sistemáticamente destruye la accion de la inexorable particion *igualitaria*.

Así es que la caja hipotecaria del primer imperio, del mismo modo que el *Credit foncier* del segundo, no han sido creaciones fecundas. El último no ha tenido otra existencia que la de un nuevo centro bancario, de una imitacion del célebre *Crédito mobiliario*, y que ha operado sobre las grandiosas construcciones urbanas de París y de Lyon, ciudades reedificadas con la magnificencia que caracterizó el *Edilato* Napolionano. Mas como establecimiento que viniese en ayuda y fomento de la propiedad territorial en toda la extension de la Francia, el *Credit foncier* no podia dar resultados importantes, por la sencilla razon de que como aplicacion general, el crédito hipotecario carece en aquel país de base, porque la destruye el fraccionamiento y *pulverizacion* de su territorio, y tambien por la adicional circunstancia de que, para las propiedades de regular extension, abunda en Francia el dinero sin necesidad de dirigirse al *Credit foncier*.

No haré mérito de la teoría de los llamados *billetes hipotecarios* de que la escuela que llamaré del *radicalismo* bancario ha pretendido hacer una creacion por medio de la cual la hipoteca territorial convertida en billetes de circulacion haga el oficio de moneda circulante. La Asamblea nacional francesa se ocupó de un proyecto de esta clase en 1849 y fué desechado como un grande absurdo económico.

España se hallaba en circunstancias muy distintas de las de Francia, y como país esencialmente agrícola y cuya principal riqueza la constituye su propiedad territorial, reclamaba un sistema de crédito hipotecario especial y acomodado á las peculiares condiciones de su existencia económica. En pocos países de la culta Europa se hacian más vivamente sentir que en España los gravámenes del peso abrumador de la usura, principalmente en las relaciones del capital circulante con la propiedad, inconveniente que acrecentaban los vicios de nuestra legislacion hipotecaria.

La organizacion del registro de la propiedad ha sido, por consiguiente, una creacion importantísima y sin la cual no podria haberse dado un solo paso conducente á facilitar las transacciones hipotecarias. Oportuno habria sido que cuando se trató de reformar esta parte de nuestra legislacion, se hubiese pensado igualmente en que debiendo ser dicha reforma el preliminar indispensable del advenimiento del crédito territorial, debió haberla acompañado un maduro estudio de las leyes económicas aplicables á las necesidades de la propiedad inmueble; estudio que de suyo pedia una detenida investigacion respecto á la relacion en que se encontraban la demanda y la oferta de capital requerido por dicha clase de propiedad.

Pero en materia de crédito territorial se ha procedido con la misma ligereza, con igual empirismo al que han señalado nuestros procedimientos legislativos en punto á circulacion fiduciaria. La iniciativa hipotecaria, como la de nuestras leyes administrativas modernas, nos ha venido de Francia. Desde años ántes que se concediera á una compañía anónima el privilegio que al Banco establecido en el paseo de Recoletos han otorgado la ley de Diciembre de 1872 y el decreto de Julio de 1875, venia solicitándose con ardor por especuladores de oficio la concesion del codiciado privilegio y al cabo de largos años de perseverante postulacion, tenemos una institucion calcada sobre el patron del *Credit foncier* de París, institucion á *doble fin*, como dirian nuestros vecinos, el de ejercer un monopolio siempre provechoso á sus poseedores y la facilidad de disponer de un gran capital para operaciones lucrativas con el Tesoro, procedimiento el último ajeno en un todo á la verdadera mision de una institucion de crédito territorial.

No se crea que al expresarnos en estos términos obedezcamos á un sentimiento hostil hácia el Banco Hipotecario. Creemos que de su existencia puede el país reportar señalados beneficios, con tal que el Banco se acomode á las condiciones propias del servicio que está lla-

mado á prestar. Opinamos respecto á la exclusiva del Banco Hipotecario como hemos opinado siempre relativamente á la exclusiva del Banco de España, la cual consideramos debe ser mantenida completa y perfeccionada su accion en los términos que hemos expresado en la série de artículos que llevan por epígrafe *La Hacienda, El Crédito y El Banco*.

Para caracterizar debidamente lo que está llamado á ser un Banco hipotecario en posesion del privilegio exclusivo de emitir cédulas y documentos de crédito, hay que comenzar por dejar asentado que el Banco no hace sus adelantos á la propiedad con su propio capital. Por crecido que éste fuese sería insuficiente para responder á la *hidrópica* sed de capital circulante en que se halla en España la propiedad territorial. El capital de 50 millones de pesetas poseido por el Banco, equivale á una gota de agua vertida en el Océano, y la mision del Banco que consideramos provechosa, sería engañosa ademas de estéril si su papel no fuese el de operar como agente intermediario entre el público y sus clientes, entre los que acuden á sus oficinas en demanda de empréstitos á largos plazos y los poseedores de ahorros que desean emplearlos con seguridad. El ministerio del Banco les evita el trabajo, les economiza el tiempo y los liberta de los riesgos de equivocarse acerca de la bondad y saneamiento de la hipoteca. Siendo natural que el Banco ántes de conceder sus préstamos haya tomado todas las convenientes seguridades, el dinero acumulado y ocioso acude al Banco y adquieren confianza sus cédulas, clase de operaciones que una vez que llegan á generalizarse, en virtud del crédito de que el establecimiento goza, acaban por atraer en su ayuda los capitales acumulados y sin empleo, dispuestos á ser colocados sobre hipoteca de inmuebles.

Basta lo dicho para conocer que el Banco no presta en realidad, pues quien presta es el público que le lleva sus fondos y lo toma por agente en negociaciones que ofrecen completa seguridad. Ahora bien, para que los propietarios encuentren los adelantos de que necesitan y piden al Banco, y que éste sería impotente á facilitar si la confianza pública no le llevara capitales, se requiere que los ahorros, que la acumulacion del país, tomen parte en la forma que hemos indicado en las operaciones del Banco, participacion que no bastarán á llenar las economías de que pueden disponer los habitantes de Madrid ó de otros centros opulentos, como Barcelona, Sevilla ó Málaga. Para atender á la demanda de la propiedad en toda la extension del reino, bien se necesita que los que poseen ahorros en la generalidad de

las provincias se aficionen á emplear sus fondos en cédulas hipotecarias, papel de fácil circulacion y descuento.

Ahora bien, si el país entero tiene que ser invitado á asociarse á las operaciones del Banco, ¿es probable, es verosímil siquiera, que un establecimiento central y de reciente creacion, situado en Madrid, inspire á los habitantes de Galicia, de Cataluña, de Extremadura ó de Andalucía la confianza que estarían dispuestos á dispensar á Bancos establecidos en la Coruña, en Barcelona, en Badajoz ó en Sevilla, y que fundasen los más acaudalados y notables de sus vecinos?

Lo más conveniente, sin duda alguna, habria sido que se hubiese pensado en organizar el crédito hipotecario por *regiones*, habiendo exigido de parte de los establecimientos locales las convenientes garantías de solvencia y de buena administracion.

Del mismo modo que para la creacion de Bancos de emision propusimos en nuestro proyecto de ley de 1848 la formacion de un sindicato de los Bancos regionales, los que en union con el Banco de España, hubiesen unificado el billete al portador, los bancos territoriales de que venimos tratando habrian podido enlazarse con el Banco central de Madrid, acelerando por medio de semejante fecunda liga el día en que veamos formadas las costumbres y generalizada la confianza que ha de conducir á que España entrede lleno en el movimiento económico del mundo civilizado.

Mas aunque en materia de crédito hipotecario estuviésemos condenados á pasar por tan plagiarios como lo hemos sido respectó á crédito mercantil, todavía cabe enmendar la imperfeccion con que se ha procedido, si el público, el Banco y el Gobierno obran de consuno para sacar todo el partido que cabe de las instituciones hipotecarias. La accion del público ha de ser hija de los conocimientos que en materia de crédito vayan generalizándose, la del Banco inspirándose en lo que sus intereses bien entendidos deben aconsejarle, consistiendo la parte que al Gobierno le está reservada en enmendar en la práctica los errores de la teoría que presidió á la creacion del Banco Hipotecario. Al primero toca comprender la perfecta seguridad, la conveniencia para los capitales ociosos de ser invertidos en la adquisicion de cédulas hipotecarias, papel doblemente garantizado y que ademas de producir interes acabará por ser realizable con la misma facilidad que los billetes al portador.

Si el Banco aspira á ser un establecimiento tan importante como benéfico, debe solicitar la autorizacion de establecer bajo sus auspicios Bancos regionales con adecuado capital para extender á las provincias

las operaciones que jamás podrán ramificarse desde Madrid con la extension que lo requieren las necesidades de la propiedad inmueble. A la corte sólo acudirán en demanda de préstamos los poseedores de fincas de cierta importancia, sobre las que puedan celebrarse contratos que remuneren los gastos de la operacion. Los pequeños propietarios, los vecinos oscuros de las provincias, que son los que componen la mayoría contribuyente y trabajadora, necesitan tener á su alcance y en cierto modo á la vista los establecimientos á que han de dirigirse. Compréndalo así el Banco y trasfórmese de Banco único y exclusivo en centro, en creador, en asociado de establecimientos regionales que á la vez atraigan la confianza de las provincias y provean á sus necesidades.

Obrando de esta suerte, el Banco hipotecario llenaria una mision nacional y fecunda y nada le costaria entónces abandonar el papel híbrido en que lo constituye la tentadora puerta que mantiene abierta para operar con el Tesoro.

Mas si el banco, desconociendo su propio interes, no se cuidase de hacerlo así, corresponderia al Gobierno (y aqui entraria la parte que le está asignada en las mejoras que venimos indicando) abstenerse de acudir jamás al Banco Hipotecario en cuesta de fondos, y aún deberia imponerse por regla de conducta no admitir las ofertas que este establecimiento le hiciese. La índole de un gran Banco Hipotecario, mucho más siendo único y privilegiado, es enteramente diversa de la de un Banco de giro, centro abierto á toda clase de operaciones financieras.

Entenderlo de otra manera, sería separarse á la vez, tanto del sistema y de las tradiciones de los establecimientos hipotecarios de Alemania, como de las prácticas inglesa y americana, que, segun hemos indicado, no separan en las aplicaciones del crédito las necesidades de la propiedad inmueble de las de la mobiliaria.

Mas no siendo compatible el sistema inglés con el de un Banco hipotecario privilegiado, preciso era para justificar la errónea concepcion que ha prevalecido, apoyarse en el modelo del *Credit foncier* francés, que tan mala cuenta está dando de sí mismo, obstinándonos en imitar los procedimientos de un país en el que por las fundamentales razones que hemos expuesto, el crédito hipotecario no puede existir sino en escala reducida y que no alcanza á satisfacer las necesidades de la gran masa de la propiedad territorial.

Pero aún es tiempo de reparar las faltas cometidas y de traer á condiciones de recíproca utilidad para el público y para sus accionistas

al privilegiado establecimiento. Su creacion no procedió, cual debió haber sido, del estudio, de la investigacion de lo que se hubiese demostrado ser lo más conveniente. Solicitóse la concesion del Banco Hipotecario en 1865 y 66 por diestros especuladores, que no lograron, sin embargo, entónces lo que más tarde y merced á poderosas influencias ha sido otorgado por la ley de 1872 que reviste al Banco con el doble carácter de hipotecario y de descuento y giros.

Semejante dualidad no corresponde, como creemos haberlo demostrado, á uno ni á otro de los dos sistemas cuya bondad tiene acreditada la experiencia. Caminamos en pleno sistema francés, escuela que si en política nos ha dado resultados poco satisfactorios, no podrá dár-noslos mejores en materia de crédito hipotecario, especialidad que ni por los elementos que la constituyen en aquel país ni por la experiencia que de ella se tiene, convidaba para que el sistema francés fuese tomado por modelo.

CRÉDITO AGRÍCOLA.

Si todos los países cuya agricultura necesita del auxilio del capital circulante se hallasen tan adelantados como lo están los ingleses en punto á utilizar la acción cooperativa de las diferentes profesiones en mira del comun provecho, no habria tenido que inventarse la palabra crédito agrícola, el cual se refundiria como se refunde en la Gran Bretaña con el crédito único y personal que allí se extiende á todas las clases de la sociedad.

Pero no es dable aplicar á países que no tienen ni la poblacion compacta, ni las fáciles comunicaciones, ni la seguridad personal, ni la exuberancia de acumulacion los hábitos y costumbres del pueblo inglés que tanto se diferencia de lo que se observa en el resto del mundo. No era, por consiguiente, posible que en España, donde no habia banqueros residentes en comarcas puramente rurales, tuviesen los labradores cuentas corrientes en casas de cambio, ni que como en Inglaterra hiciesen ingresar en ellas el producto de cuanto venden y recaudan verificando sus pagos por medio de talones girados sobre los banqueros de la localidad.

Pero España, que ha deshecho al efectuar la renovacion de ideas y de costumbres que está cambiando el estado de las naciones modernas el que le era peculiar, poseía bajo su antigua organizacion patriarcal y semilevítica, medios que hasta cierto punto proveían á las necesidades de sus cultivadores á cuya clase se hallaba casi enteramente limitada la produccion del país.

En primer lugar en el territorio del antiguo reino de Castilla y en parte del de Aragon la antiquísima ley llamada de *Colonia*, que aseguraba al arrendatario el usufructo de la tierra que llevaba en renta con tal que satisficiera el cánón estipulado, constituía una garantía, un privilegio á favor del colono, quedaba á éste el elemento de crédito inseparable de la no interrumpida posesion. Por otro lado el clero secular y regular, poseedores de parte muy considerable de las tierras, eran propietarios benignos que acostumbraban condonar la renta en los malos años, y lo que es más, solian anticipar á sus colonos dinero á rédito módico. A estos auxilios de que *in illo tempore*, disfrutaban los terratenientes, añadía acrecentada ayuda la existencia de los pósitos, ricos graneros en los que el labrador hallaba siempre trigo para la sementera y tambien para el sustento de su familia y de sus jornaleros hasta el tiempo de la recoleccion.

Si al entrar en la vida nueva abierta ante nosotros por las revoluciones que han cambiado nuestra manera de ser desde principios del siglo, hubiésemos tenido al frente del Gobierno hombres de Estado previsores y de un instinto pátrio comparable al que animaba al inmortal Jovellanos, no se les hubiera ocultado que la supresion del diezmo, la desamortizacion, el sistema tributario, debían necesariamente traer consigo condiciones y necesidades económicas enteramente nuevas y para cuya aclimatacion se requeria prepararse en términos que no pesasen sobre el contribuyente más cargas que las absolutamente indispensables.

Al establecerse el sistema tributario debió pensarse que la novedad de pedir al labrador en dinero lo que estaba acostumbrado á pagar en frutos, exigía haberse seriamente ocupado de la organizacion de un sistema de circulacion y de crédito que proveyese á las exigencias de la situacion creada por las reformas.

Diversas maneras habia de haberlo procurado. No nos detendremos en enumerarlas por pertenecer á lo pasado lo que pudo hacerse y no se hizo. Baste indicar que nuestra reiterada propuesta en 1840 y años siguientes encaminada á que se hubiese dotado con los productos de la desamortizacion del clero secular, un gran *Banco nacional de emi-*

sion, habria dado los elementos que se requerian para la más conveniente organizacion del crédito agrícola.

Mas ya que se desoyeron nuestros consejos, si al ménos se hubiese acogido el sistema bancario por regiones que recomendaba nuestro proyecto de ley de 1848, dentro de él se hallaban las estipulaciones conducentes á que el crédito agrícola y la circulacion fiduciaria hubiesen llegado á alcanzar á la clase agrícola.

Pero todo aquello está ya léjos de nosotros y sólo nos cumple al presente examinar la cuestion en sí misma, haciéndonos cargo y exponiendo tales cuales son en sí los principios á que obedecen las naturales relaciones de la agricultura con el crédito y la circulacion. Procuremos hacer tocar como con la mano lo que son estos principios.

Si un labrador, por ejemplo, se presentase al gerente de una sucursal del Banco en demanda de adelantos para ensanchar su explotacion ó levantar sus cosechas, no es dudoso que aquel funcionario se negaria á operar con quien no tuviese cuenta corriente abierta en el establecimiento ó no se hallase inscrito en el libro de los admitidos al descuento. Igual negativa recibiria el labrador que ofreciese hipoteca de fincas, garantía que no admiten los Bancos de emision. ¿Dónde acudiría, pues, el colono en demanda de capital de circulacion? La primera condicion que deberian poder llenar los que se hallan en este caso seria la de la seguridad de continuar en la posesion de la tierra que llevan en arriendo por suficiente número de años en los que poder reparar los efectos de las malas cosechas con los rendimientos de las sucesivas. Síguese de aquí que la base fundamental del crédito agrícola debe arrancar de la existencia de una ley de *arriendos largos* por término de 25 á 50 años, ley que deberia contener las convenientes recíprocas condiciones entre el propietario y el colono relativamente á las mejoras hechas por el último en la heredad. Mediante la garantizada posesion del derecho de cultivo en fincas de mediana extension, un labrador inteligente y honrado hallaria, si es que no lo posee, el capital agrícola necesario para una bien entendida explotacion. Con este capital podria hacerse de ganado y aguardar las estaciones oportunas para la venta de sus frutos.

Mediante esta doble posesion y adicionada que fuese la ley de Bancos con la cláusula que figura en mi proyecto de 1848, por la que se autorizaba á los Bancos á prestar sobre la garantía de *pólizas de seguros de ganado y de frutos no perecederos*, el crédito agrícola se hallaria en camino de verse organizado y se habria puesto al alcance del

labrador, como lo está al del almacenista de géneros operar con desembarazo con los Bancos de emision.

Al poco tiempo de introducir las indicadas reformas y mejoras que acabo de enumerar, el estado de nuestra agricultura habria llegado á ser muy otro de lo que es.

Con un Banco único de emision, el que mediante las garantías establecidas por la ley emita á favor de los banqueros de primer crédito en las provincias, los que á su vez estarian en el caso de hacer adelantos á los banqueros de segundo orden en las localidades secundarias, abundaria el dinero aplicable á las necesidades de la agricultura, y tan cierto es esto que donde no se estableciesen banqueros dispuestos á operar en la forma dicha bastaria que en cada localidad se asociasen media docena de hombres solventes para montar de su cuenta una *caja de labradores*, á los que los banqueros de primer orden no negarian abrir créditos que pondrian á la caja en estado de hacer adelantos á aquellos de sus convecinos que presentasen garantías.

Fácil me sería demostrar por medio de qué sencillos procedimientos la manera de establecer la cadena entre el Banco central, los banqueros de provincia, las cajas de labradores y los colonos poseedores de valederas garantías. Un somero conocimiento de lo que se practica entre banqueros y labradores en Inglaterra y en Escocia, ayudado de un bien entendido estudio de las necesidades y usos de nuestros labriegos bastarian para dar organizado, sobre sólidas y duraderas bases, el crédito agrícola.

No desciendo al presente á pormenores, porque me siento cansado y desengañado de estar enseñando hace 40 años la manera de hacer bien las cosas en materia de economía pública, y de ver que siempre han sido pospuestas mis demostraciones para seguir los senderos propalados por el egoismo, el pandillaje y la envidia. Pero creo haber dicho lo bastante en lo que sobre el crédito encierra el presente opúsculo para que cuantos sean jueces competentes puedan dudar de que me hallaria en el caso de exponer procedimientos perfectamente acomodados á la práctica de cuanto teóricamente expongo.

La hacienda de España, como creo dejarlo demostrado, podria ser la más floreciente de Europa si no se hubiese dispuesto de la desacertada manera que se ha hecho de los productos de la desamortizacion. La deuda pública contraida desde 1851, lo ha sido fuera de toda prevision y de toda nocion de deber y de patriotismo. Lo que se ha gastado de más de lo recaudado en los últimos años, podia haberse adquirido por medios más racionales y económicos.

En 1829 se reorganizó el antiguo Banco de San Fernando concediéndole el privilegio exclusivo de emision en todo el reino, sin que en los 20 años siguientes este establecimiento pensase en dar el primer paso siquiera para el establecimiento de sucursales y extender la circulacion á provincias. En 1844 se incurrió en la aberracion de dar á este Banco un rival en el de Isabel II, y recuperado que hubo el de San Fernando su privilegio exclusivo en 1846, se durmió sobre sus laureles, pidió la disminucion de su capital, privándose con ello de los medios de extender sus operaciones, y dió lugar por su incuria y su pereza á la reaccion bancaria á que debió su origen la ley de 1856, que creó los Bancos pruvinciales, los que, con rarísimas excepciones, tan mal han probado, y venido finalmente á morir á manos del señor Echegaray, cuyo decreto de Marzo de 1874 ha ultimado la concentracion de los billetes al portador en la exclusiva del Banco Nacional, pero sin haber acompañado esta importante medida de las garantías reclamadas por el interes público, ni de las estipulaciones que este mismo interes público exigia admitiese el Banco al conferirle el exorbitante privilegio de que goza.

No necesito repetir que jamás he sido, ántes lo contrario, opuesto á la unidad del billete. Esta debe conservarse como la base fundamental de todo sano sistema de circulacion fiduciaria, y ningun otro establecimiento tiene mejores títulos que el Banco de España para ser el regulador de nuestro mercado monetario. Pero al lado de sus privilegios debe el Banco aceptar los deberes que la posesion de estos mismos privilegios le imponen. Asegure y mantenga, cual es su obligacion, la más sagrada, la *convertibilidad* de sus billetes; extienda y generalice la circulacion de éstos en todo el reino; desaparezcan los cambios de plaza á plaza; deje de ser necesario el frecuente trasporte de numerario de un punto á otro, y cuando todas estas cosas estén hechas y toque el Banco sus ventajas, él mismo se prestará á introducir otras nuevas, algunas de las cuales pueden quedar reservadas para el dia en que por espirar el plazo legal de su concesion haya ésta de renovarse.

Si el Banco entendiase bien sus intereses, y si la opinion de las clases comerciales y las demas poseedoras ayudasen á un movimiento de opinion que evidenciara las ventajósísimas reformas de que es susceptible nuestro sistema de circulacion monetaria, el establecimiento privilegiado deberia ser el primero en proponer que sus estatutos se modificasen en términos que sin perder el Banco ninguna de las ventajas de que goza, y ántes al contrario, ensanchán-

dolas, llenase todas las condiciones á que está llamado un Banco único de emision.

El dia en que esto se hiciese y adquiriese nuestro gran centro bancario el lleno de atribuciones que para desempeñar los deberes que le incumben debe poseer, ese dia nacerian de su misma organizada y potente accion las ramificaciones que facilitarían la extension del crédito á todos los ramos de la produccion nacional.

Como consecuencias naturales de la potente edificacion de que hablamos, tendríamos el crédito mercantil generalizado y perfeccionado; el crédito territorial fuerte y expedito; el crédito agrícola formándose casi espontáneamente, y nuestra desdichada hacienda, en vez de pesar sobre la riqueza y el bien estar del país como angustiosa pesadilla, recibiría su impulso y su vida del robusto y exuberante temperamento económico de la nacion.

VIII

La Hacienda y el Crédito.

CARTA AL EXCMO. SEÑOR MARQUÉS DE CAMPO.

Muy señor mio y de mi distinguida consideracion: La merecida atencion que he dado en las columnas de *La Produccion Nacional* al plan de Hacienda de que es V. autor, y sobre todo la circunstancia de coincidir su opinion de V. con la mia, acerca de que el más eficaz de los sistemas aplicables al arreglo de nuestra deuda consolidada, no puede ser otro que el de acudir á la vigorosa accion de un poderoso fondo de amortizacion, me mueven á someter á su competente juicio de V. las consideraciones que acerca del uso que de tan poderosa palanca pudiera hacerse para la redencion de la honra de la nacion, exponia yo en un folleto que vió la luz pública en 1871, consideracio-

nes que en otra ocasion y en otro orden de ideas reproducia mi reciente opúsculo titulado *Principios Constituyentes*.

Paso ambos escritos á manos de usted sin otro objeto que el de que si algo práctico encuentra usted en ellos, vea si es acomodable á los puntos de vista bajo los cuales pueda usted pensar en hacer caminar la fecunda idea de apelar en grande escala á combinaciones que conduzcan á reducir nuestra deuda pública á las proporciones que nunca debió exceder, obteniendo dicho resultado por el único medio compatible con las circunstancias que crearon nuestra deuda y que se halle dentro de los recursos que de satisfacerla han quedado á la nacion.

EXTRACTO DEL CAPÍTULO TITULADO *Deuda pública* EN EL OPÚSCULO

ARRIBA CITADO.

„En un folleto que llevaba por título *Sucinta y verídica historia de la Hacienda de España*, dado á luz en 1871, demostré con datos irrecusables que sin los perdurables errores de nuestros hacendistas, desde Carlos V hasta el dia, deberia haber sido España la nacion más rica del universo. Poseimos durante tres siglos el imperio colonial más dilatado y que mayores elementos de riqueza encerraba, y no supimos aprovecharlo.”

„Desde la unificacion del reino bajo los reyes católicos hasta la época actual, no ha gozado España de otros períodos de desahogo y de buen crédito, que los trascurridos durante el corto reinado de Fernando VI, el de los primeros años de Carlos III, y para mostrarme del todo galante, añadiré que tambien tuvieron su brillo rentístico los cinco años en los que el Sr. Salaverría pudo disponer de los rendimientos de la desamortizacion.”

„Explicábanse en aquella publicacion las causas á que se debieron tales prosperidades, y tambien demostré en ella cuán deplorable fué el sistema seguido por las leyes de desamortizacion ecleslástica y civil, mancomunada obra de los progresistas y de los conservadores, que sólo estuvieron de acuerdo para *tirar por la ventana*, si me es permitido usar de esta vulgar, pero exacta frase, el patrimonio público que la revolucion y las nuevas reformas trajeron á manos del Estado.”

«En nada atenúa la exactitud de este severo juicio la alegacion de que el país es mucho más rico que lo que era ántes de que la desamortizacion se hubiese llevado á cabo, ni de que la produccion se ha aumentado considerablemente y que ha nacido la industria que no teníamos.»

«Estos beneficios, que no hay por qué negar, y de los que debemos darnos el parabien, no alteran la verdad de mi proposicion, de que el capital que las reformas pusieron á disposicion del Estado se ha *arrojado por la ventana.*»

«La operacion de haber sacado de manos muertas los bienes del clero y de las corporaciones civiles, en lo que es incuestionable ha ganado la riqueza pública en general, pudo y debió haberse efectuado en términos que hubieran conducido á idénticos resultados sin detrimento, y ántes al contrario, del activo que la revolucion trajo á poder del Gobierno, con los 12.000 millones de bienes nacionales ingresados desde 1836.»

«Si en vez de haber sido vendida hubiese sido regalada por el Estado la masa de bienes inmuebles de que se trata, el aumento de riqueza en manos de los particulares habria sido el mismo y aún mayor si se quiere, pero el Estado habria perdido todo lo que diera de balde, y el erario, sobre el que pesan las cargas públicas de toda especie, y que es el que sostiene el crédito de la nacion, habrá empleado un procedimiento deplorable, habiendo favorecido á los afortunados poseedores de los bienes adjudicados, perjudicando en último resultado á la universalidad de los ciudadanos sobre quienes recaen en guisa de contribuciones las sumas destinadas á cubrir las obligaciones que habrian podido ser satisfechas si se hubiese hecho mejor uso de los bienes regalados, pues aunque no lo hayan sido materialmente, del todo los bienes vendidos, los efectos, con relacion á los beneficios de que se ha privado el Estado, han sido casi los mismos.»

«En primer lugar los bienes del clero regular, enajenados durante la primera guerra civil, no obstante que por lo general se pagaron dos y tres veces su tasacion, salieron casi de balde á los compradores, toda vez que no excedia de 14 á 15 por ciento el valor del papel que dieron en pago. Cometióse ademas la inexcusable injusticia de que no pudiendo alcanzar ni con mucho la masa de bienes inmuebles al pago del importe total de la deuda, se incurria en la monstruosa desigualdad de adjudicar pingües fincas á los primeros compradores, dejando á la luna de Valencia á los rezagados.»

«Abrevio el análisis de los errores fiscales cometidos, resumiendo

por medio de una sola demostracion la enormidad del perjuicio inferido á los intereses públicos. De haber sido enajenados los bienes nacionales, no como se ha hecho á papel y pagaderos en plazo de diez años, sino á metálico en veinte anualidades, como se hizo para los bienes de menor cuantía, los productos de dichas anualidades, empleados que hubiesen sido en amortizar papel á los precios á que corria en el mercado, á los pocos años se habria redimido toda la deuda existente en 1842, época en que fué llevada á cabo la amortizacion civil, procedimiento que habria dado por resultado muchos millones sobrantes con los que atender á obras públicas y á gastos reproductivos."

"Pero desaparecieron los bienes nacionales y no sólo no se ha pagado con ellos la deuda de nuestro pasado, á la que se hallaban especialmente afectos, sino que hubo que pasar por el doloroso trance de una bancarota, que no otra cosa fué, sustancialmente hablando, el arreglo de la deuda hecho en tiempo del Sr. Bravo Murillo, y no me sirvo seguramente de este duro término, en detrimento de la memoria del eminente hombre público que al proponer el arreglo de 1851 tuvo que resignarse al sacrificio de faltar á sagradas obligaciones compelido por la necesidad y no ofreciendo sino lo que se pudiera cumplir."

"Si los sucesores del Sr. Bravo Murillo hubiesen seguido obrando guiados por el criterio de economías que distinguió su administración, los 300 y pico de millones que aquel ministro se comprometió á consagrar al pago de los intereses de la deuda en el plazo fijado para que la diferida comenzase á percibir sus correspondientes réditos, la carga habria sido llevadera y nuestro crédito se hallaria actualmente al nivel de las naciones que pasan por solventes. Pero á partir de 1858 desaparece toda la noción de responsabilidad por parte de los ministros de Hacienda, pues exceptuando al Sr. Salaverría, quien si bien gastó, lo hizo con los recursos efectivos que le daba la desamortizacion, sus sucesores y muy particularmente los ministros de la revolucion, han hecho de los títulos de la deuda consolidada del 3 por 100 un uso de todo punto comparable al que de *los asignados* hizo la revolucion francesa durante los años de su fiebre trastornadora."

"De no haberse procedido en España con la ceguedad que ha perturbado á nuestros ministros de Hacienda, aunque á partir de 1860 se hubiesen acrecentado los réditos de la deuda hasta el doble si se quiere de la suma á que los redujo el arreglo del Sr. Bravo Murillo, no podrá ser dudoso para los hombres entendidos en materias de Hacienda, que de haberse obrado con la debida circunspeccion, absteniéndose de

crear títulos, el pago de cuyos réditos no hubiese estado asegurado por ingresos regulares y permanentes, el precio de nuestro 3 por 100 habría alcanzado y se habría mantenido cuando ménos al 60 por 100 de su valor nominal, en cuyo caso los nuevos empréstitos que hubiesen sido absolutamente necesarios, nos habrían impuesto cargas llevaderas y la deuda pública no sería ni la mitad de lo que es."

"Los estados oficiales publicados en 1875, hacen ascender á más de 40.000 millones la deuda reconocida, á lo que agregando los títulos creados para las atenciones de la última guerra y los que con arreglo á la legislación vigente habrá que crear para atender á liquidaciones pendientes, no será tal vez exagerado computar en 60.000 millones la deuda pública de España. Ante la enormidad de carga tan superior á los medios de satisfacerla, á todos se les ocurre la palabra *arreglo*, como único temperamento posible ante la material imposibilidad de llenar las obligaciones contraídas ó la vergüenza de repelerlas haciéndonos sordos á las exigencias de la justicia y del honor."

"Si para nada en lo sucesivo hubiésemos de necesitar del crédito, sobre todo del crédito exterior, podría pensarse en proponer un nuevo arreglo á nuestros acreedores, quienes acabarían por aceptarlo, no pudiendo emplear la vía ejecutiva ordinaria contra una nación independiente y un gobierno constituido. ¿Pero se llenaría el objeto de rehabilitar el nombre y la solvencia de España, contrayendo el compromiso de no faltar en adelante á aquello mismo á lo que con repetición hemos faltado?"

"Desde principios del siglo llevamos hechas cuatro suspensiones de pago y hemos verificado cinco arreglos. A la primera categoría pertenecen las suspensiones que tuvieron lugar en 1808, en 1823, en 1836 y en 1872 á 73. A estas suspensiones de pago, hijas de las difíciles circunstancias atravesadas por el país, trató en primer término de poner remedio Fernando VII en 1818 por medio del arreglo propuesto por el ministro D. Martín Garay."

"Las Cortes de 1820, proveyeron lo conveniente para atender á la deuda del Estado. Anulado en 1823 por el Rey, vuelto á plenitud de su poder absoluto, el arreglo hecho por las Cortes, tampoco sobrevivió á aquel monarca el cumplimiento en los términos por él establecidos respecto á las obligaciones que reconoció. Otro arreglo propuesto por el Conde de Toreno y sancionado por los Estamentos en 1834, tampoco fué subsistente, y sabido es como ha quedado sin cumplir el arreglo de 1851, por el que habiéndose impuesto durísimos sacrificios á los acreedores, y siendo módica la carga de los réditos pue por dicho

arreglo debian pagarse, era el que más probabilidades presentaba de que no se hubiese faltado á él. Mendizábal primeramente, y Bravo Murillo despues, redujeron los intereses de la deuda de 5 á 3 por 100 al año. ¿Qué reduccion cabria proponer ahora? Aunque fuese la de 2 por 100 sobre el 3 que ahora estamos obligados á abonar ¿sobrellevaria nuestro presupuesto los 600 millones de reales que exigiria el 1 por 100 que se ofreciera de rédito á los acreedores? Dudosísimo es que el gravámen pudiese soportarse con la regularidad y constancia requeridas para que el público adquiriese confianza en que no faltase de nuevo á lo tratado".

"A este propósito decia yo últimamente en mi alocucion á los electores del distrito del Centro:

" Despues de los numerosos arreglos de la Deuda pública que llevamos hechos en lo que va de siglo, habiendo tenido que faltar á todos ellos, no podrá inspirar confianza otro nuevo que propusiésemos, y al que darian, á no dudarlo, los acreedores extranjeros los oprobiosos nombres de *expoliacion* y de *bancarota*, por equitativa y generosa que la nacion se mostrase en el arreglo que nuevamente propusiera á sus acreedores.

" Por el contrario, cumpliendo en la única manera que no podrá ser engañosa con lo que á la fe pública debemos, esto es, destinando á la Denda de la nacion todo lo excedente de ingresos que no consuma la perentoria necesidad de cubrir los servicios públicos cuando este excedente y el natural aumento de las rentas sean hechos realizados y palpables, entónces podrá ofrecerse lo que habrá, los medios de cumplir, ó estaríamos en el caso (y esto sería á todas luces preferible), de que los mismos acreedores propusiesen un arreglo en el que ellos fuesen quienes redujesen sus pretensiones á los medios que tengamos de satisfacerlas. "

"Difícil considero que haya ministro de Hacienda honrado que viese el asunto de otra manera, á ménos que no se propusiese por medio de combinaciones búrsatiles alentar un crédito momentáneo y ficticio que le permitiera levantar dinero y comenzar de nuevo la deplorable série de imprudentes emisiones que nos han conducido en breves años á aumentar la deuda fuera de toda proporcion con los recursos del país. Pero lo postrado que éste se halla no nos dispensa de la obligacion de honor de redimir los empeños de la nacion en la mejor manera que nos sea posible; ni ésta ni sus acreedores deben desesperar de las mejoras, adelantos y aumento de riquezas que bastarán para hacer posibles algunos años de paz y de buen gobierno. "

En el entretanto España habrá cumplido con su deber destinando á la *amortizacion de los títulos y demas papel negociable en circulacion*, el excedente de las rentas que no absorba el sostenimiento de

los servicios públicos, indispensables para las atenciones de todo país civilizado. Y para que no se crea que tratamos de engañar á nuestros acreedores, gastando más de lo que sea absolutamente necesario para sostener el orden, la seguridad y la existencia nacional, no vacilaré en aconsejar que sean llamados representantes de los acreedores tanto nacionales como extranjeros á *presenciar, sin voto deliberativo*, las sesiones de la comision de presupuestos del Congreso, á fin de que no pueda quedar duda de la perfecta buena fe con que las Córtes y el Gobierno obrarian destinando á la deuda pública *todo el excedente de las rentas del Estado*. Empleado este excedente en *amortizar papel comprándolo en mercado abierto*, los acreedores verian por sí mismos si les acomodaba más ser reembolsados, gozando de la subida de precio que no podria ménos de obtener el papel á impulso de una poderosa amortizacion, ó si preferian *proponer ellos mismos un arreglo* basado en el conocimiento de la consignacion ánuua destinada al servicio de la amortizacion. No podrian decirse engañados, ni que se les ofrezca lo que no se podrá cumplir, siendo ellos los que tomando la iniciativa señalasen un rédito que bastase á cubrir la partida del presupuesto afecta al servicio de la deuda."

"Este proceder franco y honrado acabaria por inspirar, principalmente en el extranjero, la confianza de que nos han privado las repetidas promesas hechas y no cumplidas."

Escrita y enviada á la imprenta la materia del presente capítulo, el señor marqués de Campo me ha hecho el honor de dirigirme la siguiente carta, á la que creo deber dar publicidad como elemento de la discusion del presente estudio, al mismo tiempo que como aclaracion importante de las condiciones del plan de hacienda de dicho señor.

Madrid 31 de Marzo de 1877.

SR. D. ANDRÉS BORREGO.

Muy Sr. mio y de mi distinguida consideracion: Estimo deber de cortesía dar á usted mi parabien por los artículos que está publicando en "*La Produccion Nacional*," y que revelan una nueva fase del saber de usted, no ménos profundo en esta que en las otras ya conocidas.

El plan de usted y el mio sólo difieren en su desarrollo y en su aplicacion á circunstancias diversas; el principio de donde parten es idéntico. Yo repetiré una vez más mi razonamiento, aunque no para usted, pues no lo necesita su claro entendimiento.

La situacion de la Hacienda es gravísima, más grave de lo que creen muchos de los hombres de Estado que gobiernan el país. A grandes males, remedios heroicos. ¿Qué remedios podemos emplear hoy? Porque la gravedad estriba en que no puede perderse un minuto divagando, en que el papel se cotiza á precios viles, en que la deuda flotante es un mónstruo que se reproduce cada presupuesto con mayor fuerza y amenaza devorarlo todo, hasta la esperanza del remedio. Nivelar los presupuestos ordenando la administracion, y regulando los tributos, es el fin á que aspiramos. Esto no puede alcanzarse sino en algunos años: ¿y entretanto? Empréstitos ruinosos; emisiones calamitosas, operaciones perjudiciales; eso es todo lo que hemos sabido hacer, y lo que á tal extremidad nos ha traído. Pedir dinero al Extranjero, aunque hay plétora, es pedirlo á la usura implacable. ¿Qué hacer, pues, en este conflicto? *Que la nacion se preste á sí misma lo que necesita sin interes y sin violencia.* Eso es todo lo que yo propongo. Que no es fácil opina usted y con usted muchos escritores. Tambien lo opino yo. Pues qué, ¿si fuera fácil tendria mérito? Si fuera fácil el remedio, ¿seria heroico? Y una situacion tan crítica y apurada, ¿se cura con remedios fáciles? Pero al fin y á la postre mi plan conduce á algo sério y de resultados positivos, á algo que acaso ha escapado á la aguda penetracion de muchos que no llevan, como llevo yo cuarenta años de lucha perpetua, para poder apreciar las combinaciones del crédito, palanca poderosa del progreso moderno. Y ese algo es la salvacion de la crisis financiera. El país prestará al país lo necesario para ello; el país tomará la moneda fiduciaria como instrumento del cambio, el país sufrirá resignado y acaso gozoso, las molestias del período de transicion, y del período de aclimatacion, si el país tiene la seguridad de que al fin llegará al arreglo definitivo de su Hacienda. Esta seguridad la dan mis proyectos de ley bien ejecutados, y la da la circulacion general del billete, *prudente y voluntaria* y la dan la experiencia y la enseñanza de los ejemplos cueramente citados por usted y por el Sr. Bayo, que vienen á probar mi aserto y dar fuerza á mis argumentos.

Se dice que yo pretendo hacer una emision de 4.000 millones, y esto, dicho así á secas, asusta y crea atmósfera contra mi proyecto. No pretendo semejante cosa; he fijado *un límite superior* á la emision, porque algo habia de fijarse, pero bien claro digo en el artículo 11 del proyecto de ley, página 27 de mi folleto, *que anualmente se fijará la cantidad de billetes en circulacion*, hasta que llegue á conocerse por la práctica el dato hoy desconocido de la circulacion normal, y

entonces ya se habrá realizado el arreglo de la deuda en la forma que se indica en los proyectos, así como la liquidacion de la flotante y nivelacion de los presupuestos.

Y con esta explicacion se ve que tengo la fortuna de estar completamente de acuerdo con las ideas expuestas en los excelentes artículos de usted.

No he visto todavía levantarse frente al mio otro plan, y tampoco lo he visto atacado más que en detalles ó con aseveraciones hipotéticas. Esto confirma mi creencia de que al fin habrá que adoptarlo, mas acaso se haga tan fuera de sazón, ó en condiciones tan malas, que se desacredite un sistema que, bien aplicado, sería no la *panacea universal*, que usted supone, pero sí un medio de restablecer por completo el crédito nacional y reivindicar el buen nombre que gozó España.

Puesto que seguirá usted hablando del Banco de España, me abstengo de tratar de este establecimiento, que podría salvar al país ó auxiliar poderosamente la obra de su rehabilitacion, si escuchara la voz del patriotismo y la de su propio interes.

El espíritu sereno é imparcial se asombra al ver las cifras de beneficios estampadas en la Memoria leída en la última junta general de accionistas, y comparada con la depreciacion que sufren en Madrid los billetes, y la anomalía de absorber la Caja central el numerario de las sucursales, mientras el giro sufre notable é injustificado quebranto. Cuando estas entidades poderosas de crédito descuidan el bien general para convertir sus fuerzas al bien particular suyo, podrán alcanzar momentos de deslumbradora prosperidad, pero serán pasajeros; degenerada la institucion, su ruina es segura. No valía la pena, para resultado tan negativo, haber levantado la bandera dudosamente científica, del monopolio de la emision de moneda fiduciaria, por una sociedad enfrente de la libertad de Bancos ó de la facultad de emision exclusiva del Estado, como es la acuñacion de la moneda.

Saluda á usted con el mayor afecto y consideracion su atento amigo
y S. S. Q. S. M. B.

MARQUÉS DE CAMPO.

La lectura de las explicaciones que contiene la precedente carta, disipa las dudas consignadas en los capítulos que anteceden, respecto á la emision fiduciaria de los mil millones de pesetas, propuesta por el autor de dicha carta y acerca del uso que de la referida emision debería hacerse, con destino á cubrir el *déficit* de los servicios públicos,

ó sea aquella parte de los ineludibles gastos del Estado que no basten á satisfacer los recursos del presupuesto de ingresos.

El aceptar para cubrir tan sagrada obligacion los medios propuestos por el señor marqués, no sólo es el medio más económico que cabe emplear, sino tal vez el único que puede salvar la fatal catástrofe, la inevitable y vergonzosa bancarota á que caminamos de continuar practicándose el desastroso sistema de *trampa adelante*.

La idea generadora de la emision que el Sr. Campo propone, descansa en el mismo principio en que se fundaba mi *memorandum* de Marzo de 1873; principio que yo aplicaba entónces á efecto de haber hecho innecesaria la insensata emision de títulos del 3 por 100 creados desde aquella época, y que el Marqués aplica ahora en mayor escala á colmar el abismo de las inconsideradas emisiones de títulos anteriores y posteriores á 1868.

La aplicacion del propuesto remedio se halla estrechamente conexcionada con los derechos, con las atribuciones y con los deberes inherentes al gran establecimiento de crédito representado por el Banco Nacional, objeto en la actualidad de severas críticas, que la equidad y el interes público reclaman que se vean reducidas á su verdadero valor.

Las funciones del Banco único piden de suyo que su benéfica accion sobre la circulacion y el trabajo, se perfeccione y se complete en la forma y por los medios que dejo suficientemente expuestos en los capítulos que preceden y en el siguiente; todo lo cual reclama la solitud del Gobierno, al mismo tiempo que de parte del Banco patriotismo y la conciencia de sus verdaderos intereses.

Tambien al público en general y en particular á las clases comerciales, corresponde ayudar al Banco, no escatimándole su confianza y no exigiendo de él más de aquello que posee los medios de efectuar.

La especie de crisis monetaria que experimenta la plaza de Madrid, la aparente penuria de numerario y el desnivel de los cambios, dependen de causas artificiales hasta cierto punto, causas que importa estudiar y señalar, lo cual requiere que el Banco no resista el exámen de los móviles que influyen en los fenómenos que dificultan y encarecen la circulacion monetaria, como igualmente se hace indispensable que el comercio reconozca los abusos y los intereses privados, no todos de buena ley, que alimentan en la plaza de Madrid el descuento de los billetes del Banco.

En nuestro siguiente capítulo, que trata de las deducciones prácticas de cuanto dejamos expuesto en el presente opúsculo, enumera-

remos los objetos concretos conducentes á realizar las mejoras que requiere la actual organizacion y funcionamiento del Banco, asunto que bien merece un exámen concienzudo y profundo, el que corresponde sea sometido á una comision parlamentaria, encargada, no ya de proponer lo que opinen los señores que la compongan, sino de oir á los hombres entendidos en asuntos de Banca, á comerciantes, á fabricantes, á industriales, á los representantes en suma de todas las clases productoras, cuyas deposiciones impresas sirvan para dar al público conocimiento de la masa de hechos y observaciones que arroje la investigacion parlamentaria.

La difusion por todo el país del resultado de dicha investigacion constituirá los elementos de una opinion ilustrada y correcta que ponga de relieve las verdades que, aceptadas que sean por el criterio de la generalidad del público, conduzcan á la adopcion de una legislacion bancaria reformada, sobre la base de la consolidacion del Banco nacional, centro único de emision, pero llenando éste todas las condiciones que son de la esencia de un establecimiento privilegiado, al que se hallan confiados objetos tan importantes, como lo son:

- 1.º Proveer á la circulacion fiduciaria de todo el reino.
- 2.º Facilitar, sin garantizarlas, las operaciones del Tesoro.
- 3.º Generalizar el curso de sus billetes, llamados á ser la moneda legal del país.
- 4.º Asegurar la convertibilidad de dichos billetes, en términos que los asimilen de todo punto al efectivo metálico.

Objetos estos que abrigamos el íntimo convencimiento de que podrán verse realizados si las Córtes, el Gobierno y el país cumplen con sus respectivos deberes, haciendo cuanto corresponde para no legislar como hasta de presente se ha hecho, *à priori*, sobre cuestiones que son de suyo esencialmente *científicas y experimentales*.

DEDUCCIONES PRÁCTICAS

Por más que no haya sido afortunado en la iniciativa que desde 1835 he venido tomando en casi todas las grandes cuestiones políticas y económicas que entrañaban las reformas que han sustituido la España de nuestros días á la que conocieron nuestros padres; aserto sobradamente fundado en el hecho notorio de haber sido descartados por los progresistas en 1836 y 37 los sistemas económicos que expuse respecto á diezmos, bienes nacionales, arriendos largos y cuestiones de crédito; como más tarde debían tambien rechazar los moderados el aplicar á sus leyes orgánicas de 1845 y 46 los principios que habian sostenido conmigo en la oposicion, quedame en medio de estos desengaños una compensacion que mitiga la natural amargura de una vida entera consagrada á abogar por los intereses del público, sin haberme jamás cuidado de los míos propios; compensacion que encuentro en haberse encargado la experiencia de demostrar la bondad de los sistemas por mí expuestos en las materias á que acabo de referirme, toda vez que sería difícil poner hoy en duda las ventajas que de aquellos procedimientos se habrian seguido comparados en los resultados que han dado los medios empleados por los reformadores oficiales tomando los progresistas por modelo y guia las tradiciones de la escuela francesa de 1789; los moderados, las de la escuela doctrinaria que ilustró á la vez que perdió la monarquía de Luis Felipe.

La mejor prueba que cabe presentar en apoyo de la afirmacion que precede, la suministra el hecho de que los principios sentados por mi enseñanza en materia de legislacion política y económica, serian tan aplicables en la actualidad como lo fueron en las épocas en que aquellos principios se produjeron, sin otra excepcion que la que naturalmente opondrian las modificaciones sugeridas por la consideracion debida á los hechos consumados por efecto de las reformas que han dado lugar á la existencia de una masa de intereses que no es posible

perturbar, en cuyo caso se encuentran la transformacion de la propiedad á consecuencia de la desamortizacion, la abolicion del diezmo, el establecimiento del sistema tributario, reformas cuyas consecuencias es indispensable aceptar.

Pero respecto á otras medidas legislativas, de carácter tanto político como económico, siguen siendo tan de actualidad las doctrinas que formulé hace cuarenta años como lo eran entónces. Mas limitando el aserto á la concreta cuestion de bancos, crédito y circulacion fiduciaria, con completa seguridad y confianza someto al juicio de los hombres entendidos, si las consideraciones expuestas en el presente opúsculo y las medidas que de ellas se deducen, no son de naturaleza á remediar los inconvenientes que reconocen y de que se lamentan las clases comerciales y el público en general.

Muy loable es sin duda la actitud que la Union mercantil de Madrid ha tomado en la cuestion fiduciaria, á la que, sin embargo, conviene quitar todo carácter hostil hácia el *Banco Nacional*, el que, por su parte, está llamado, léjos de resistir, á prestarse á aquellas reformas en su organizacion que, siendo perfectamente conciliables con sus intereses, satisfagan al mismo tiempo más cumplidamente á los del público.

Fácil es discernir cuál debe ser la marcha conciliadora y sistemática que conviene adopten los más interesados en que los problemas del crédito comercial, hipotecario y agrícola se resuelvan conforme al interes general.

¿De dónde proceden los errores cometidos? Evidentemente de haberse legislado en materia de bancos sin haber consultado, sin haber oído á las clases que en mejor situacion se hallaban para haber ilustrado los problemas que las Córtes y el Gobierno estaban llamados á resolver.

Durante quince años, de 1829 á 1844, estuvo el Banco de San Fernando en la exclusiva y estéril posesion del privilegio de emitir billetes al portador para todo el reino. No hizo uso de este privilegio para establecer sucursales durante todo aquel período y sin que de ello pudiera hacerse un cargo al Banco, por la sencillísima razon de que las necesidades del comercio y de los cambios no exigian entónces que la circulacion fiduciaria se extendiese más allá del rádio de la plaza de Madrid, fácil, sin embargo, era haber previsto que no podia tardar en llegar el dia en que fuese imperativo pensar en los medios de satisfacer á las necesidades económicas que se seguirian de la desamortizacion y del impulso que las reformas comunicarian á la pro-

duccion y al trabajo. El Banco el primero y seguidamente el Gobierno y las Juntas de Comercio de nuestras principales plazas y centros fabriles, debieron haberse preocupado del porvenir y de lo que convenia ir preparando para satisfacer á las condiciones económicas que el el país no tardaria en experimentar.

Lo más racional y prudente habria sido que el Banco de San Fernando, sin haber renunciado á su privilegio, hubiese concertado las condiciones y garantías con arreglo á las cuales habria estado dispuesto á suministrar billetes de su creacion á los Bancos que pudieran establecerse en provincias. No se pensó, sin embargo, en cosa tan sencilla y se vino encima la absurda creacion del Banco de Isabel II, sin que para esto ni para la fusion de este Banco en el de San Fernando como más tarde tampoco con motivo de las leyes bancarias de 1848 y 1851, las Juntas de Comercio, la alta banca y las clases contribuyentes dijese *esta boca es mia*, cuando se resolvian cuestiones de tan trascendental interes y que iban á afectar á todas las clases de la sociedad.

A aquella atonía siguió la reaccion expansiva de 1856, de la que fué expresion la ley del Sr. Bruil, que estableció la pluralidad de Bancos, pero sin que se tomase la precaucion de haberlos ligado por un procedimiento análogo al que se proponia por mi proyecto de ley de 1848, lo que prácticamente hubiera conducido á la unidad del billete y á su circulacion en todo el reino.

Los Bancos creados por aquella ley hubiesen podido, no obstante su defectuosísima organizacion, haber dado mejores resultados, si hubiesen sido regidos con arreglo á sanos principios. Un Banco fundado con un gran capital, puede muy en breve arruinar á sus accionistas y defraudar las esperanzas del público; al paso que otro Banco fundado con un corto capital, puede, si se halla bien regido, prosperar y consolidar su crédito. La ciencia bancaria constituyé una especialidad que requiere ademas del tecnicismo de la profesion, un conocimiento exacto de los hábitos, del personal y de las necesidades económicas de la localidad, y ademas de todo esto la capacidad de aplicar con discernimiento los recursos del crédito á los elementos en que éste puede ser utilizado.

A la falta de estudio y de preparacion por parte de los gerentes de los extinguidos Bancos provinciales hay que atribuir la caída y el descrédito de varios de dichos establecimientos y harto dejo dicho en el presente opúsculo acerca de los defectos capitales de que adolece el decreto-ley de Marzo de 1874 para que sea necesario añadir cosa alguna sobre este punto.

Mas si de algo ha de servir la experiencia de los inconvenientes que ha acarreado, tanto lo que de malo se hizo como lo bueno que se dejó por hacer, el correctivo se halla naturalmente indicado por la causa de que procedieron los errores cometidos, que no fué otra que la ausencia de participacion de las corporaciones y clases que componen el gremio mercantil y el propietario, á efecto de haber hecho oír su voz, tanto en la prensa como cerca de los Consejos de la Nacion, cuando se ha tratado de leyes que debían afectar los intereses materiales de los productores y de los contribuyentes en general.

La situacion económica en que nos hallamos es bastante grave para que se prescinda de su exámen cuando ménos, y para que semejante estudio sea tan cumplido cual lo requiere la importancia del asunto, corresponde sea promovido por las corporaciones, que son los naturales representantes de las clases trabajadoras.

Las Juntas de Comercio, las de Agricultura, las ligas de contribuyentes, la Union Mercantil de Madrid, que tan solícita acaba de mostrarse por el interes general, estarian en el caso de provocar una reunion en la que se discutiesen las materias que directamente incumben al crédito, aplicable tanto al comercio y á la propiedad como á la agricultura; reunion de la que se originase la designacion de un centro ó comision que propusiese las medidas que sin menoscabo de los intereses creados, sean consideradas como las más conducentes á dar los siguientes resultados:

- 1.º La unidad del billete de Banco.
- 2.º Su circulacion en todo el territorio de la nacion.
- 3.º La desaparicion de los cambios de plaza á plaza en todo el reino.
- 4.º Que la facultad exclusiva de emitir billetes al portador conferida al Banco Nacional, y que es del interes público, conserve este establecimiento, se arregle á los buenos principios bancarios, obteniéndose ademas el importante resultado de que *el Erario sea llamado á participar en la medida equitativa y conveniente* de las utilidades que el Banco Nacional reporta en virtud de su privilegio exclusivo.

CAPITULO ADICIONAL.

Sobre los embarazos en la circulacion monetaria de la plaza de Madrid.

Aunque habia manifestado en algunos de los capítulos precedentes el propósito de decir algo acerca de la lamentable circunstancia que constituye la pérdida que de algun tiempo á esta parte experimenta el vecindario de Madrid en el cambio de los billetes del Banco, habiendo dado á la exposicion de los principios de la circulacion monetaria toda la atencion á que alcanza lo limitado de mis conocimientos en materia de índole tan especial, y considerando ademas que deberian ser pasajeras las causas que influyen en la depreciacion de los billetes, pensé prescindir del peculiar exámen de dicha determinada cuestion, cuando concluido ya y en prensa mi trabajo se ha dado á luz el folleto titulado *El Banco de España y la crisis monetaria*, publicacion anónima, pero que revela en su autor una competencia, una imparcialidad y una lucidez de exposicion dignas de fijar la atencion del público y merecedoras del aprecio y del reconocimiento de cuantos sientan el deseo de ver claro en tan interesante asunto.

Me he permitido en el curso del presente opúsculo severas censuras sobre los procedimientos de nuestros confeccionadores de leyes bancarias, y por lo mismo creo dar la mejor prueba de la buena fe con que he escrito, aprovechando la primera ocasion que se me presenta para manifestar que habria bastado á evitar los errores que he deplorado el que aquellas leyes hubiesen pasado por el crisol de una inteligencia tan clara y bien preparada como demuestra estarlo la del autor del folleto.

Y si con efecto éste es, segun manifiesta, ageno á las tareas de la prensa, si nunca ha escrito para el público; si como es de presumir de semejante indicacion, no ha sido tampoco manipulador en las refor-

mas políticas que tanto han dañado á las económicas, el ejemplo de lo acertadamente que trata las importantes cuestiones de crédito, de circulacion y de Banca, quien manifiesta no ocuparse de ellas sino accidentalmente, es la más evidente prueba que puedo yo ofrecer en justificacion de la insistencia con que sostengo, que en punto á medidas que afectan los intereses de las clases productoras, nada se hará de provecho interin del seno de estas mismas clases no salgan los espositores de sus necesidades y de los medios de satisfacerlas.

Reconocido por mí, como acaba de serlo, que ha tomado la palabra, en la materia de que se trata un juez tan competente como lo es el autor de la publicacion de que voy haciendo mérito, séame permitido ofrecer á su crítica y á la de la Direccion del Banco la indicacion del remedio que habria en mi humilde juicio podido tener la llamada crisis monetaria de la plaza de Madrid, remedio que sugiere la lectura de la última Memoria del Banco y que confirman los resúmenes que de la misma ofrece el antedicho autor.

De los datos que arroja la Memoria aparece sin dejar de ello ni sombra de duda, que la crisis monetaria no tuvo jamás por causa la insuficiencia de metálico en las cajas del Banco para recoger sus billetes en circulacion: sino ántes bien la desproporcion entre el metálico acuñado y el existente en barras y pastas de oro y de plata. Sin entrar ahora á analizar las causas (perfectamente explicadas por el autor del folleto) que impidieron la acuñacion, el hecho es que al mismo tiempo que era sobreabundante la reserva de metales con relacion á los billetes puestos en circulacion, ó lo que es lo mismo que dicha existencia en metales siempre ha excedido la proporcion que segun lo dispuesto por la ley debe haber entre los billetes en circulacion y el efectivo dispuesto para el cambio, ha ocurrido, sin embargo, que en razon á la falta de acuñacion suficiente, esta reserva no ha bastado para atender á todas las necesidades de la plaza. En efecto, á partir desde el mes de Agosto de 1876 á Febrero de 1877 los metales en posesion del Banco han constantemente ascendido á la mitad próximamente del importe de los billetes en circulacion, siendo así que el Banco habria cumplido con lo dispuesto por la ley conservando una reserva metálica de la tercera parte de su emision.

El secreto de la crisis, y por consiguiente de las dificultades en el cambio ha consistido, pues, en la desproporcion entre el metálico en pastas y el acuñado. De sus resultados al mismo tiempo que el Banco ha hecho figurar en su activo constantemente desde 54 hasta 48 millones de pesetas, lo más que ha poseido en moneda acuñada han sido 22 mi-

lones, habiendo fluctuado en los referidos siete meses la suma disponible en metálico acuñado entre 13 $\frac{1}{2}$ y los antedichos 22 millones de pesetas.

Es, pues, á todas luces evidente que la dificultad que ha habido en el cambio no ha dependido ni de falta de recursos en el Banco, ni de no poseer éste con sobreabundancia la suma en metales que habria sido más que suficiente para hacer frente á todas las necesidades del cambio,

Mas como por causas que no es del momento examinar, la circulacion en billetes excedia á la proporcion que debia guardar con el metálico acuñado, única especie de metales apropiados para el cambio, de ello han resultado la penuria, el malestar de la plaza, la cola del Banco y demas fenómenos que tan impopular han hecho la llamada crisis.

Paréceme, sin embargo, que el conjurarla habria estado perfectamente al alcance del Banco, al que no hubiera, es de presumir, faltado para adoptar el remedio oportuno, ni la autorizacion del Gobierno ni la confianza del público, demostrado que á éste hubiese sido el verdadero estado de las cosas. A nadie podria ofrecer duda que el Banco poseia superabundantemente los metales necesarios para poder reembolsar á presentacion sus billetes, cuando en Setiembre de 1876 encerraba en sus sótanos, ó en la casa de moneda, cien millones de pesetas contra 181 de circulacion, proporcion que, con corta diferencia ha mantenido siempre el Banco entre su circulacion y los metales acuñados ó por acuñar, que han figurado en sus balances semanales.

Desde que se notó, pues, que el metálico acuñado era insuficiente para atender á los requerimientos del cambio diario, nada se oponia á que el Banco hubiese pedido al Gobierno la correspondiente autorizacion para haber efectuado una emision especial de billetes de cien reales para abajo, en representacion de idéntica suma dispuesta para la acuñacion. Obtenida que hubiese sido dicha autorizacion, habria bastado convocar una junta compuesta de banqueros, de comerciantes y de industriales, á quienes habiéndoles hecho patente que dicha emision correspondia exactamente á la cantidad en metales destinados á la acuñacion, y que quedaban desde aquel momento pignorados para amortizar los billetes de 100, 80, 40, 20, 10, 4 y 2 reales de la emision extraordinaria, no es ni remotamente presumible que el patriotismo, la buena fe y el interes de los convocados los hubiese hecho vacilar en aceptar, como perfectamente idénticos á moneda efectiva y acuñada, los billetes garantizados por la especial y privilegiada hipoteca de los metales que representan su valor.

Proceder de esta suerte no hubiese sido en manera alguna establecer el curso forzoso de un papel arbitrariamente creado. Hubiera equivocado á la emision, por la misma casa de moneda, de obligaciones ó cédulas de pago en representacion de los metales por ella recibidos para la acuñacion, y como el tiempo que esta misma acuñacion hubiese durado constituia un plazo corto, dentro de él hubiera quedado liquidada la especial operacion que acabo de indicar.

Por medio de ella habria desaparecido el entorpecimiento en el cambio, el ágio de los billetes, el alimento de la especulacion, que ha consistido en la absorcion de metálico acuñado para utilizar el desnivel de los cambios y en sacar de la plaza de Madrid sumas considerables que no reclamaban las necesidades normales de la misma.

Todo esto hubiera sido en extremo sencillo y fácil; el Banco habria evitado las murmuraciones de que ha sido objeto, el público no habria sufrido la onerosa contribucion que ha hecho pesar sobre él la codicia de los cambiantes de moneda y la de no pocos industriales que han exagerado las necesidades de su tráfico, para obtener más cambio que el que exigian las condiciones normales del mismo, utilizando el descuento que sufrían los billetes ó imponiendo á sus parroquianos un quebranto para admitírselos en pago.

La llamada crisis monetaria terminará en breve como es de esperar, siendo, como no es dudoso, fidedignos los datos que arroja la Memoria del Banco y el próspero estado en que este establecimiento se encuentra, pero la duracion de esta misma crisis y el tiempo que aún pueda prolongarse, no habrian tenido razon de ser si se hubiesen aplicado los medios de que el Banco dispone á efecto de salvar la temporal dificultad que ha entorpecido la facilidad en el cambio de sus billetes.

Aunque desde el principio de la crisis he estado en la persuacion de que podia haber sido conjurada por los medios que acabo de indicar, he vacilado en haber expuesto el procedimiento que me parecia indicado por la índole del fenómeno que importaba hacer desaparecer, hasta que la publicacion de la Memoria del Banco y las juiciosísimas observaciones del autor del folleto, han venido á confirmar mis apreciaciones y alentádome á exponer, aunque con la natural timidez del que desconfia de sí mismo, la solucion que me parecia indicada por la naturaleza de las cosas, que de sí arrojaban ser contradictorio y anómalo la indisputable solvencia del Banco, con la prolongada depreciacion de sus billetes.

Aquí terminaba cuanto me proponia decir sobre la materia cuando ha dado á luz la *Gaceta* el anuncio por medio del cual el Banco abre licitacion para expedir pagarés á cargo de su caja central por sumas equivalentes á 80 millones de reales, cuyo reembolso se escalona en plazos distribuidos desde primero de Noviembre del presente año al primero de Agosto de 1879, y á cuyos pagarés va unido el goce de un interes de 7 por 100.

No me propongo criticar la operacion ni dudo de que el crédito del Banco facilitará su realizacion y atraerá á sus cajas por dicho medio, la suma de billetes que desea retirar de la circulacion. La medida adoptada por el respetable establecimiento viene á reducirse al equivalente de lo que ha venido siéndole recomendado por la prensa relativamente á que el Banco negociase parte de su cartera, operacion á la que se ha preferido suplir haciendo el establecimiento uso de la robustez de su crédito para no sacar al mercado valores expuestos á sufrir una depresion que tan sensible fuera en medio de la debilidad de nuestros fondos públicos de toda clase.

En resúmen el Banco habrá provisto á la necesidad y salido, digamoslo así, del apuro, recurriendo á una operacion por medio de la cual da en cierto modo la razon á sus adversarios, que hace tiempo exigian imperiosamente alguna medida de la índole de la que acaba de tomar el Banco.

Por el sistema que más arriba he expuesto, la crisis se habria conjurado sin que el Banco hubiese tenido que dar su brazo á torcer, pues habria puesto de manifiesto que nunca hubo razon para dudar de su solvencia, dentro de la cual se hallaban sobrados medios para haber hecho desaparecer, apenas se produjo, la dificultad en el cambio de sus billetes.